

universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 126 - Diciembre de 2021 - Distribución gratuita

www.universo centro.com.co



ANTES DE QUEMAR EL AÑO VIEJO

El año comenzó con un bochínche inesperado. Un toma "capitolista" en Washington. Un derrotado Donald Trump llevaba semanas trinando y tronando contra el resultado electoral que lo dejó por fuera de la Casa Blanca y el 6 de enero las cosas terminaron con cuatro muertes en el principal escenario de la democracia gringa. Decenas de manifestantes entraron al Capitolio mientras los congresistas aprobaban los resultados del Colegio Electoral. Trump había soltado sus fuegos unas horas antes en su discurso cerca del Capitolio: "Luchen como en el infierno. Y si no luchan como en el infierno, ya no van a tener un país". La democracia de los Estados Unidos mostraba su lado más radical y más débil, algo de saineite y tragedia que dejó claro que los estallidos de la política suceden en todas las esquinas. La idea de los Estados Unidos como un país con una democracia excepcional es ahora una película imposible de vender. Los miembros de la Cámara terminaron con las máscaras de gas en sus oficinas, el artil de Nancy Pelosi, presidenta de la Cámara, fue subastado por eBay, las bombas molotov estallaron en los pasillos del edificio del Congreso. Los partidos jalan la cuerda, la tensan hacia los extremos ideológicos y los señalamientos falsos, y la cuerda comienza deshilacharse.

Las vacunas marcaron el 2021. Han desplegado inmunidad para cerca del cincuenta por ciento de la población mundial y han marcado posturas autoritarias en países del todo el mundo. China y Australia han llegado a comportarse de la misma forma: llevando a campos de confinamiento a sus ciudadanos sospechosos de estar contagiados. Italia casi ha prohibido el trabajo para los no vacunados y Estados Unidos deja por fuera de las oficinas públicas a los funcionarios que se niegan al pinchazo. El gobierno de Alemania debatirá la vacunación obligatoria a comienzos del 2022. Mientras tanto en muchos países de Europa cerca del veinticinco por ciento se niega a vacunarse. ¿Veremos sociedades divididas entre ciudadanos con vacuna y pleos derechos y ciudadanos contagiados con derechos restringidos? En Colombia, las restricciones, como el carnet, son cada vez un asunto de papel. La paradoja es que en países de América Latina, con gran desconfianza en lo institucional, la gente se resiste menos a la vacunación. Colombia tiene más vacunados con primera dosis que Alemania.

En Colombia la noticia del año fue el paro nacional que dejó en evidencia la desconexión de gobierno Duque con la realidad, comprobó la política institucional de la brutalidad policiaca, llevó la política cerca de mucha gente, sobre todo a jóvenes que jamás habían

mirado la cara de las causas colectivas, y evidenció rupturas sociales y generacionales gigantes en las principales ciudades. La Defensoría del Pueblo habla de 42 civiles muertos, un informe de la ONG Temblores lista 45 civiles muertos y la Human Rights Watch denuncia 67 muertes confirmadas. Las denuncias de violencia policial pasan de tres mil en todo el país y los heridos según cifras no oficiales fueron más de 1200. El ministerio de Defensa entregó una cifra de 1083 policías heridos. Un conato de reforma tributaria fue la mecha para encender la reanudación de un paro que había quedado interrumpido por la aparición de la pandemia. La protesta no dejó grandes reformas pero sí algunas lecciones para la arrogancia del poder y sin duda marcarán la campaña presidencial del próximo año. Además, muestran que la calle es un escenario clave e inevitable en la política de hoy, el camino de la protesta está más marcado que nunca y cada vez será más fácil el llamado y la convocatoria. Por eso algunos hablan de las sociedades en movilización permanente. Fracaso el "protestódromo".

El país vivió, mientras el paro ardía, el más fuerte pico de la pandemia. Tuvimos una semana (21 al 27 de junio) con 677 muertes diarias en promedio por covid-19. Ese rastro de muertes duró casi tres meses, entre comienzos de mayo y la tercera semana de julio. Durante varias semanas Colombia estuvo entre los tres países con más muertes por covid en el mundo. Para hacerse una idea de la magnitud de esas cifras basta pensar que en la peor semana de junio tuvimos 4744 fallecidos por el virus, una cifra superior a la que se ha reportado en los últimos tres meses. Las advertencias de una nueva ola no se han confirmado y según el INS más del 85 por ciento de los colombianos hemos tenido contacto con el virus. Casi todas las capitales terminarán el año con el ochenta por ciento de su población con al menos una dosis de la vacuna y cerca

del sesenta por ciento con el esquema completo. El mundo mira con pavor la venida de ómicron mientras para nosotros es todavía una amenaza para el guayabo después de vacaciones.

Las muertes y las capturas siempre son personajes del año en Colombia. En octubre cayó Otoniel, máximo líder de las Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC). Fueron casi 35 años en armas, tres desmovilizaciones y brazaletes de al menos cuatro bandos. Un hombre que es un perfecto resumen de nuestras "guerras recicladas". Vendrán arremetidas y traiciones por llenar su espacio de poder. Su gesto de tranquilidad luego de la captura es el de un hombre recién jubilado, pero la pelea en Urabá, Bajo Cauca, Catatumbo, Cúcuta y otras zonas no conoce de descanso ni retiro.

Las muertes de Santrich, Romaña y el País en Venezuela confirman que la Nueva Marquetalia es solo un grupo que pelea por rutas mafiosas en la frontera y saca un comunicado cada año. Los grandes nombres de las Farc que abandonaron el proceso de paz fueron una amenaza solo para ellos mismos. Por algo Estados Unidos sacó de su lista negra a esa organización inexistente para dolor de los más enconados enemigos del acuerdo. Se cumplieron cinco años de acuerdo con una actitud esquizofrénica del gobierno que por fuera defiende el proceso y al interior lo ataca de palabra, obra y omisión.

El magnicidio del presidente de Haití también marcó el año y la triste exportación de mercenarios que protagoniza Colombia. Doce disparos dejaron tirado en el piso de su casa al presidente Joven Moïse. En el homicidio participaron 26 militares retirados del ejército colombiano. Más de diez mil hombres jóvenes con gran experiencia en años de conflicto salen del ejército cada año. En las últimas dos décadas 107 000 recibieron entrenamiento militar por parte de Estados Unidos. Las guerras que se reciclan no son solo las de los paras y guerrilleros. Y ya que hablamos de Haití vale recordar que este año marcó un récord en el tránsito de migrantes por el país.

Un poco menos de noventa mil personas (setenta por ciento haitianos) cruzaron por Colombia camino al norte prometido y casi todos pasaron por Urabá y durmieron en Necoclí. La criminalidad se encargó del "tránsito ordenado" mientras Migración Colombia intentaba llenar las planillas.

En las noticias en desarrollo tenemos que el año termina con un candidato de izquierda como el gran favorito para la elección presidencial, un escenario inédito en Colombia. Y a uno de los principales grupos económicos del país en jaque por las movidas de un viejo enemigo que ahora llegó con turbante. Y Rueda que llegó en abril resultó tibio a la hora de ganar y amarrado a la hora de jugar, pero la tabla dice que estamos en Qatar. La Corte Constitucional sesionará en el 2022 con cinco mujeres en la sala plena. Para el final, un poco de tinta y mecanografía para cuatro hombres que viajaron en el 2021. Un brindis y un poco de humo en memoria de Elkin Obregón, compañero por más de diez años en estas páginas también caídas del zarzo, Antonio Caballero, Jaime Jaramillo Escobar y Germán Castro Caycedo. ©



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DESEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 126 - Diciembre 2021

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co
universocentro@universocentro.com

GALLINAZO DOMESTICADO

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

• Fotografía de Ricardo Cruz

Estaba sentado en el patio de recibo de la carnicería, con las piernas cruzadas y las manos extendidas en paralelo a sus hombros, tan sosegado como cualquier adulto mayor en un parque solitario, a las tres de la tarde y después de haber ingerido sus dos raciones de Zeebo y las obligatorias cucharadas de Milanta.

Estaba sentado al lado de su amigo Aldemar Osorno, un viejo cuyo rostro parece siempre afectado por alguna alergia, y que suele recordar los hechos y lugares con una peculiar irracionalidad.

"El Zacatín era un bar maravilloso, pero todos los borrachos se caían en la quebrada. La quebrada olía a aguariente todo el tiempo", dice a veces, sobre todo cuando está contento y rodeado de buenos amigos. "Yo quiero mucho a Rogelio, le debo todo, le debo la vida, aunque yo soy más viejo que él", eructa desde sus procazes borracheras.

Rogelio es el hombre que está sentado junto a él, en el patio de la carnicería Santa Mónica, "la de reyeje", "donde todo es reyeje".

Aldemar tiene unos 75 años y Rogelio, de apellido Pérez, cerca de sesenta. Se avieja rápido, pero todavía se advierte en él cierta lozanía. Rogelio heredó la carnicería hace 28 años, de manos de Bernardo Restrepo, o Barrabás, su primer y único jefe.

"Nunca nadie tuvo mejor jefe que yo, y nunca nadie lo tendrá. Era un jefe tremendo, de esos que lo hacen sentir a uno orgulloso, de esos a los que no da pereza obedecer. Me enseñó todo, y hasta me ayudó a conseguir casa propia", cuenta Rogelio con voz emocionada.

"Y por qué eso de reyeje, don Rogelio", le digo con la intención de atajarle las lágrimas, y él me responde: "Porque todo lo bueno de la vida es reyeje. Es una frase de optimismo que lo abarca todo, y también se la debo a mi antiguo patrón", y vuelve a emocionarse.

"Me metí por donde no era", me recrimino internamente.

Rogelio y Aldemar no son los únicos viejos de la vieja carnicería Santa Mónica, que ya pasa de los 45 años. Allí también trabaja Guillermo Ramírez, Memo, otro ilustre habitante de la Comuna 12 de Medellín, nacido y criado en el barrio La América.

Sus dos compañeros son de La Floresta y, como él, conocieron los antiguos lugares de esa zona centro occidental de la ciudad, los rincones insignes de los bohémios. Por eso, cuando Aldemar habla de El Zacatín, sitio fundamental para la Fábrica de Licores de Antioquia, sus dos compinches se apresuran a corregirlo.

"No digás bobadas, Aldemar, cómo que los borrachos se caían en la Ana Díaz. Además, El Zacatín no era el bar, el bar se llamaba Bar 21, y era una delicia", consagra Memo. "¡Qué música la que se escuchaba allí! ¡Qué música!", añade Rogelio sonrojado por los recuerdos.

Fue Aldemar quien me contó de Mocho, el gallinazo. Pasé por una libra de chicharrón, ya que vivo cerca de Santa Mónica y me gusta caminar largo, hasta para hacer las compras, y entonces llegué hasta la carnicería. Mientras me cortaban la carne me puse a conversar con Jose, un muchacho de veinte años

que vende huevos campesinos, "puestos por gallinas libres", asegura él.

"¿Qué, un gallinazo amaestrado, ¿cómo así?"

"Que sí, que acá tenemos gallinazo propio. Lo adoptó Rogelio, lo amaestró. Se llama Mocho porque le falta una uña", me contó aquella vez con esos ojos que él tiene, grandes y saltones como dos canicas gordas a punto de salir disparadas por los aires.

Entonces volví, para corroborar la historia con Rogelio, y él, con un opiparo derroche de grandilocuencia, me lo contó todo.

Empezó por el principio, como debe ser, aunque ese principio poco me importaba y me obligaba a sentarme como él, bajo los últimos rayos de luz de la decadente tarde.



"Le voy a contar, amigo mío, lo que ya les he contado a otros amigos, muchos de ellos periodistas, como usted, otros simplemente curiosos o vecinos preocupados por la salubridad. El animalito llegó aquí, hace más o menos un año, tal vez menos. No sé qué edad tenga, o cuánto más vaya a vivir, pero creo que es joven. Cuando llegó por primera vez, se posó en el poste de luz y luego cruzó la calle hasta el techo de una casa vecina. Luego comenzó a mirar hacia la carnicería, como pidiendo algo de comer, y entonces no sé qué pasó por mi cabeza, pero me enternecí y le tiré pedazos de carne. El animalito se bajó del techo y comió los pedazos, con rapidez, con cautela, y luego volvió a subirse al techo, se quedó allí un rato y luego alzó vuelo. Pensé que no lo volvería a ver, pero desde entonces viene casi todos los días, diría yo que cuatro o cinco de los siete días que tiene la semana, y siempre hace lo mismo. Se para en el poste y, cuando uno lo llama, baja a comer".

El relato de don Rogelio me pareció maravilloso, pero todavía tenía que ver todo aquello con mis propios ojos. Generalmente, los seres humanos, les tiramos piedras y palos a los chulos, nunca comida. Nos dan asco, nos generan miedo, y somos supersticiosos ante ellos.

Rogelio, en cambio, lo trató con afecto, le dio un nombre, una identidad, y terminó amaestrándolo.

Durante tres días estuve yendo a la carnicería, esperando ver el extraordinario espectáculo del gallinazo domesticado, hasta que por fin fui testigo de su llegada. Era sábado, cuatro y media de la tarde, y el chulo, con sus plumas negras y cabeza grisácea, o de un blanco opaco, como un estropajo ajado, maltratado por el uso, se posó sobre el poste de luz, y como el cóndor del escudo de Colombia, abrió sus alas a guisa de personaje importante, y se estuvo allí por varios segundos, acicalándose y calentándose, hasta que Rogelio a la calle y lo llamó.

"Mochito, Mochito, venga pues mi rey. Venga pues negrito que acá le tengo su ración. Venga pues mi Mocho".

lo alimentó tres días, y él le tomó cariño. Pues fíjese lo raro del asunto, señor periodista. El gallinazo comenzó a acompañarla hasta la casa. La primera vez, salió detrás de ella, caminando, no volando, porque no le había dado comida. A la muchacha se le olvidó y Mocho la siguió, siempre a discreta distancia, hasta la casa. Ella tuvo que devolverse a darle comida. Desde ese día, el animalito, si la ve, la acompaña. Ya no es solo una cosa mía, ya es cosa de todos los de la carnicería. Él nos reconoce, por las voces, y también por el lugar y los uniformes. Si usted lo llama, o cualquier otro fulano, él no baja", narra Rogelio con un gesto de satisfacción.

Rogelio vive en La Floresta y los domingos los dedica al reposo. Le gusta ir a los bares antiguos, donde le ponen boleros, tangos y música romántica. Toma poco, como buen carnicero, para no perder el fino equilibrio de sus manos. También le gusta tener perros y gatos en su casa, como cualquier ser humano al que le gusta el ruido hogareño para sentir que está vivo.

Ahora también tiene un gallinazo, y eso le parece muy reyeje, aunque poco sabe de esa desprestigiada especie, "oveja negra" de la familia de los buitres y que, según los expertos, puede vivir hasta quince años en condición silvestre, y veinte con la protección humana.

"Yo lo único que sé es que son animales muy buenos, porque limpian y nos protegen de las epidemias y las enfermedades. Se comen todo lo que se ve feo, todo lo que huele mal. Prestan un servicio a la sociedad. Para mí, no se merecen piedras, se merecen aplausos", asegura el viejo, canoso como los sabios de los cuentos.

Animales luctuosos, les dicen; que a donde llegan es porque huele a muerto, comentan. Pero los gallinazos, a decir verdad, son más sinónimos de vida que de muerte. Andan por ahí comiendo la basura y desgarrando cadáveres putrefactos, para que la vida resurja en la maleza, para espantar el hedor de los bordes de las quebradas, las riveras de los ríos o las escombreras.

Los gallinazos, esos buitres de hasta 67 centímetros de alto y 1900 gramos de peso; de rostro rugoso, plumas de petróleo y huesos pétreos, sirven hasta para curar el cáncer, pero van por ahí, como almas penitentes, corriendo a las piedras y a las miradas de una humanidad que escoge su comida con aristocracia, como si ambas cosas abundaran sobre esta tierra.

Cuando me fui, el tercer día de mis visitas, Rogelio ya no estaba sentado en la entrada de su negocio. Después de darle de comer a Mocho corrió a lavarse las manos y luego se puso a cortar carne para sus clientes de todos los días.

Jose, el joven de los huevos, ya se había ido, mientras que Aldemar deambulaba por la calle sin escoger destino, como esperando una tertulia que le permitiera contar las nuevas cuitas del gallinazo, o las viejas de sus tiempos juveniles, cuando existían zacatinas, quebradas con olor a aguardiente y cientos de gallinazos volando en círculos alrededor de una ciudad donde siempre han abundado los corazones dadivosos y el alpiste para los chulos. ©

Agua: cómplice de alegrías

por SARAH LUNA ÑUSTES

• Ilustración de Tobías Arboleda

4:30 a. m. Como siempre, treinta minutos para recoger y doblar la casa, el toldillo, el tendido, el plástico y la cobija. Treinta minutos era el tiempo necesario para hacer todo con calma, pero si lo hacíamos rápido, con quince bastaba. A cambio obteníamos unos minutos más para arruncharnos entre las cobijas a la mejor hora para dormir, en la madrugada, cuando el sueño es más profundo y se sueña más bonito. En ese entonces estaba en el hospital del Bloque Oriental, donde se formaba al personal médico y se atendían los casos más graves de salud. Ese día llovía a cántaros, lo que significaba que no nos llamarían al patio con equipo y tendríamos por lo menos diez minutos más de arrunche. Por eso nos encantaba la lluvia en la madrugada.

Normalmente, a las cinco de la mañana, en la primera formación del día, ya teníamos que llegar en primer grado de alistamiento, es decir, con todas nuestras cosas listas y bien empacadas para prevenir que, en caso de un asalto del enemigo, perdiéramos nuestra dotación. Sin embargo, los días en los que amanecía lloviendo no recogíamos la casa y tampoco llevábamos el equipo al patio. Acá, sentada recordando todo esto, todavía me pregunto por qué ese día me levanté temprano.

Doblé la cobija y el toldillo con calma, me puse las botas y me ubiqué en la *pacera* [mesón hecho con esterillas de palma], a la cabecera de la caleta, para terminar de empacar todo el equipo. En ese momento observé, con extrañeza, que las luces fluorescentes del piso, que siempre estaban muy quietas sobre la estepa, se movían muy rápido, todas en una misma dirección. Al ver más allá me di cuenta de que no solo estaba ocurriendo alrededor de mis botas, sino que las luces fluorescentes corrían por todo el piso del campamento que se veía como una galaxia de luces verdes. Entonces corrí a buscar mi sapo, la linterna manos libres que solo se podía prender en caso de urgencia y siempre camuflándola. Le poníamos cinta aislante en la cabeza y le abríamos dos ojitos muy pequeños para que la luz fuera muy poca y casi indetectable para los aviones, así evitábamos los bombardeos que cada vez eran más frecuentes y en los que muchos camaradas habían muerto. Cuando alumbré el suelo descubrí que lo que arrastraba las hojas y chamizos cargados de hongos fluorescentes jera agua!

Había pasado un minuto desde que me puse las botas, y mientras mi cabeza asimiló que estaba en un rebalse y que una bombada de agua se estaba entrando al campamento, el agua ya me daba a los tobillos. Me percaté de que mis vecinos de caleta no habían desguindado el toldillo y lo primero que hice fue gritarles: ¡Humberto! ¡Mery! ¡Nos estamos

inundando, recojan!, pero el ruido del aguacero no dejó que ellos me escucharan, entonces me acerqué, les levanté el toldillo y les dije: ¡Párense ya, nos estamos inundando! Ellos todavía en el arrunche sonrieron, incrédulos, entonces alumbré el piso y cuando se dieron cuenta de que el agua me daba a la mitad de la bota se pararon de un salto y comenzaron a recoger. Aún estaba oscuro, el agua ya se había llevado la luz del suelo y ahora se veían muchos pares de ojitos de los sapitos de todos los compañeros en el campamento, percatados de la bombada de agua y recogiendo a toda prisa sus camas.

Me detuve un instante con la intención de salir a mojarme. Las personas suelen huirles a los aguaceros, yo también lo hacía hasta que un compañero al que quise mucho me invitó a mojarnos. Fue un día que llovió durísimo, me cogió de la mano y me llevó selva adentro. Sentir esas miles de gotas que caen en tu rostro, en tu cabello, en todo tu cuerpo, y quedarse ahí, disfrutándolas, sintiéndolas, es una de las sensaciones más maravillosas de este mundo; no es solo un masaje, es un paseo por la inmensidad de los sueños, un contacto cuerpo a cuerpo con la majestuosidad de la vida. Además, es la oportunidad de gritar a lo que dé el pulmón, de reír al volumen que dé el cuerpo, y eso es algo que una extraña en la mata porque, para no ser detectados por el enemigo, siempre guardábamos silencio, entonces, se me ocurre ahora, el agua también fue cómplice de la alegría. Pero no era hora de disfrutar de la lluvia, había que continuar recogiendo.

Parada frente a mi caleta, el agua ya casi me llegaba a la parte superior de las botas. Para no encharcarme, me subí a la caleta y seguí empacando mientras pensaba que la bombada iba a pasar rápido. Entonces el primer palo salió despachado por la fuerza del agua. Ahí entendí que la bombada iba a dejar el campamento destruido y que teníamos que salir antes de que el agua llegara a los equipos. En la mata todo puede mojarse, menos los equipos. Era lo único que protegíamos a capa y espada del agua, lo demás podía secarse, lavarse, limpiarse (hasta el fusil, aunque era muy tedioso hacerle aseo después de una lavada). Con el equipo, sin embargo, era distinto. Si le entraba agua, a pesar de que todo estuviera embolsado, la vida podía volverse muy incómoda: la remesa mojada, se dañaba; los libros o los cuadernos mojados, se dañaban; la ropa mojada pesaba, y si nos tocaba ponérsola, sentíamos frío y nos salían hongos; si las toallas higiénicas y los útiles de aseo se mojaban, todo era un desastre.

Cuando terminé de recoger y empacar mis cosas me bajé de la caleta para medir el nivel del agua. Me daba más arriba de la cintura. Iba a ser imposible salir con el equipo puesto, tendría que llevarlo arriba en el hombro. Entonces caí en cuenta: ¡el indio!, una olla de cincuenta por cuarenta centímetros, la olla más grande de la unidad. Todas las noches tenía que llevar el indio a la caleta por si pasaba algo durante la noche y en las mañanas lo devolvía a la ranca. El agua ya casi llegaba a la *pacera* donde tenía el equipo, así que lo metí dentro del indio junto con el fusil y las pecheras, puse la olla sobre el agua con delicadeza y ¡funcionó!, ¡la olla flotaba!, aunque debía sostenerla todo el tiempo de ambos lados porque el peso la ladeaba.

La olla no era tan buena como un motete, esa especie de canoa hecha con un plástico para pasar equipo y fusil por un caño hondo o un rebalse. Pensé en el motete que había usado hacía poco en el río Guayabero: estábamos atravesando el Parque Natural Tinigua; todo el que caminó por ahí con un equipo al hombro sabe que no es un paraíso, y si es época de lluvias, menos todavía.

Ahí no hay sino bejucos y rebalses, caminar por ahí rinde cinco veces menos que por terreno plano y seco. Para salir hay que pasar el Guayabero motetiando los equipos o por cable, porque el río es muy hondo. Esos eran mis mejores momentos: salir del parque y la hora de nadar, pasar el río a punta de brazo. Yo mandaba mi equipo, mi fusil y las pecheras en un motete que algunos compañeros custodiaban de orilla a orilla jalándolo por una sogá y hacía la fila de los que se cruzaban el río nadando. Algunos compañeros no sabían nadar, entonces tocaba motetiarlos a ellos también, lo que era muy gracioso. La mayoría se iban agarrados de la sogá y se ayudaban con ella hasta llegar a la otra orilla. Yo obviamente me tiraba al río. En ese momento se daba una especie de competencia para ver quiénes llegaban a la parte de más arriba de la otra orilla, es decir, quiénes se dejaban arrastrar menos por la corriente. Había muy buenos nadadores y yo siempre decía que por ser más liviana tenía desventaja. Al final, todos llegábamos a la otra orilla de cualquier manera, tomábamos nuestros equipos y seguíamos marchando. Creo que un motete hubiera sido mejor que un indio lleno de cosas, pero ya era tarde para fabricar un motete.

Dejé la casa guindada y me puse en marcha. Ya varios camaradas habían pasado con los equipos al hombro. La orientación era salir hacia el este, que era la parte alta más cercana. El agua ya me daba al pecho y me era difícil mantener el indio nivelado. Como ya tenía bastante agua por dentro y la lluvia no cesaba, la olla se hacía más pesada. Varios camaradas me ayudaron en el camino jalando la olla y a mí, pues la corriente era fuerte, hasta que por fin logré llegar a puerto seguro. Le saqué el agua al indio, dejé mis cosas debajo de una casa que habían guindado y me devolví a la caleta para desguindar la casa.

Al regresar a la caleta ya todo estaba iluminado por la luz del día. Allí me percaté de que había dejado más cosas de las que pensaba. Tenía ropa extendida y seguramente el agua ya se había llevado algunas prendas. Al hospital la ropa no llegaba muy seguido. Lo que teníamos lo cuidábamos porque no sabíamos cuándo sería la próxima dotación de intendencia. Lamentando el despiste, recogí el resto de mis cosas y las saqué nadando. El agua me tapaba por completo. Ya los pacientes y sus pertenencias habían sido evacuados. Entonces dieron la orden de rescatar lo que más pudiéramos del campamento. La

prioridad era la remesa del economato y las cosas de la enfermería. Para ese momento era imposible sacarlas secas, pero con energía y sin saber cómo lo íbamos a hacer, todos nos devolvimos.

En el tiempo que estuve haciendo curso de medicina en el hospital Marco Aurelio Buendía, casi siempre nos mantuvimos en la zona del Frente 27, que operaba en una parte del departamento del Meta. Por ser una unidad vulnerable, el hospital debía mantenerse fuera de la zona de orden público; era necesario estar lo más lejos posible de la población civil o de las unidades de combate, bien adentro de la mata, y en esa zona abundan los caños hondos, cristalinos, o los azules, como les decíamos nosotros porque sus aguas se veían de un color azul turquesa muy bonito.

Yo siempre tuve problemas disciplinarios en los campamentos en los que teníamos un caño hondo. Nuestro tiempo de baño era de diez o veinte minutos, dependiendo si lavábamos o no la ropa. En la guerra, estar desnudo y con el arma a más de un metro significa estar vulnerable a un ataque enemigo, por eso el tiempo de baño era limitado. Y la verdad, yo no podía con eso: cuando estoy dentro del agua el tiempo se detiene, no puedo hacer más que disfrutar y

dejarme tocar por sus ondas, hundirme, flotar, ir de un lado a otro; cuando estoy dentro del agua siento como si me inyectaran vitamina, es un placer que no se compara ni con el placer de degustar la mejor comida del mundo, es como si por cada poro se entrara un poquito de vida. En ocasiones, hasta he llegado a reírme con ella cuando estamos solas las dos. Pero resulta que el tiempo solo se detiene para mí, mientras tanto el mundo sigue dando vueltas y cuando me doy cuenta soy la única en el caño, ya todos están vestidos y listos para pasar a la formación, por más que corra es imposible alcanzarlos y téngame, ahí estaba mi sanción. Sarah Luna otra vez lavando el menaje de la ranca por demorarse en el caño.

En una ocasión encontré un método para burlar la disciplina. Tenía una plancha, es decir un grupo de compañeros con el que ranchábamos cada veinticuatro días, que era lo que se demoraba en repetirse el turno de ranca. A ellos, Alquiver e Iván, no les gustaba servir los alimentos en la *pacera* porque los camaradas siempre llegaban: En esta olla no me eche grano... En esta por favor sin carne... En esta si puede echarme más ensalada, gracias... Y luego: Pero por

qué me echó arveja si le dije que no quería... Pero por qué me revolvió la pasta con el arroz si le puse dos ollas para eso.

En fin, yo era buena para lidiar con esas chocheras. Entonces hicimos el trato: yo servía el desayuno, el almuerzo y la cena, y ellos dejaban que yo bañara a las 13:00 horas. Estuvieron conformes con el trato. Desde que no les tocara servir, hasta se hubieran ofrecido a ranchar ellos solos. Yo, por mi parte, tenía como tres horas de baño, desde que terminábamos de lavar el menaje del almuerzo hasta la hora de servir la cena. Entonces mis días de ranca se volvieron los más esperados del mes, los aguardaba con paciencia, era la mujer más amable con mis dos compañeros de ranca para que mantuvieran el trato. La verdad, a ellos también les gustaba *chucheliarme* los caprichos, no entendían cómo podía durar tanto tiempo metida entre el agua, pero les gustaba verme ahí y se divertían con eso.

El caso es que me gusta el agua, todos en el campamento lo sabían. Cuando el comandante de la Marco Aurelio Buendía, en medio de la inundación, me vio avanzar rápidamente, ayudada por los bejucos que poníamos a lado y lado del camino para orientarnos en la oscuridad, se quedó viéndonos y me dijo: Este aguacero está mandado a hacer para usted, ¡parece un pato!

Él siguió su camino entre el agua y también ayudándose por los bejucos y solo en ese momento me di cuenta de que yo estaba disfrutando la inundación, que no solo estaba ayudando a rescatar las cosas del colectivo, sino que me sentía como pez en el agua, y que mi energía se desbordaba, que estaba feliz. En un par de horas, junto con dos camaradas que regularmente me acompañaban en la lavada del menaje de la ranca porque se quedaban jugando conmigo a aguantar la respiración o hacer carreras acuáticas, estábamos haciendo competencias divertidísimas para ver quién rescataba más remesa en buen estado y corríamos inmediatamente para devolvérselos por más. Cuando terminamos de rescatar las cosas del colectivo, empezamos a ayudar a los camaradas que todavía tenían pertenencias perdidas. Fue muy entretenido meternos en los búnkeres [estructuras subterráneas para resguardarse en caso de bombardeos aéreos]. En el hospital todos teníamos búnker, pues el día no alcanzaba para cumplir con todos nuestros deberes académicos y este era el lugar predilecto para estudiar en la noche porque allí podíamos alumbrar sin temores a ser descubiertos por la aviación. Allí nos sumergimos a buscar, tanteando con las manos entre el agua revuelta, las cosas que algunos compañeros no habían podido encontrar.

Al final de la tarde el agua ya se había ido. Solo una estela de barro cubría lo que hasta ese día había sido nuestro campamento. Logramos recuperar uno que otro objeto que se había enredado en las ramas y se había salvado de la corriente. Hicimos un nuevo campamento muy cerca, pero a los dos días nos tocó salir corriendo porque hubo un bombardeo con desembarco cercano y adiós para siempre a los pozos del 27 Frente.

Cada vez que recuerdo los caños azules me imagino volviendo a ellos. Si hay algo que añoro en esta vida es poder volver a esos lugares mágicos e inhóspitos que se me presentaron en el camino, volver a cruzar nadando los ríos Tunia, Papateme y los brazos del Duda, volver a sumergirme en los caños gigantes que están atrapados entre rocas, tomar del agua que sale de un hoyo en la tierra. Ir a los caños azules y bañarme ya sin afán, sin la zozobra de la presencia enemiga. Solo nadar y dejar que el agua me lleve a donde ella quiera. ©



*Este texto hace parte de *AGUA CORRIENTE*: relatos de no ficción de excombatientes para la reconciliación, que será publicado a finales de enero de 2022 por iniciativa del Instituto Caro y Cuervo y el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación.

Una mujer sin miedo a elegir

Detrás de esta imagen publicitaria se esconde la historia de una mujer inusual, que combinó su pasión por la ciencia y la poesía con una postura feminista y valiente en sus acciones. Por eso es importante comenzar hablando de elegir, sabiendo que escoger un producto sobre otro es en parte una decisión política, que también lo es usar cierto tipo de ropa, impulsar ciertas ideas y decidir qué hacer con la vida...

Todo eso lo tiene claro Olga Elena Mattei, porque ella —que nació en 1933 y aún está viva— nunca ha tenido miedo de elegir.

Tampoco ha tenido miedo de rebelarse, de tomar una ruta distinta a la que la sociedad esperaba, aunque eso implicara rupturas, y convertirse en ejemplo para muchas personas que desde su juventud vieron en ella a alguien fascinante y con una potencialidad enorme, entendiendo potencialidad como aquello que las personas pueden llegar a ser, lo que pueden alcanzar en diez, veinte, treinta o cincuenta años. Ese es quizá el aspecto más interesante de Olga Elena Mattei, los insospechados giros que tomó su vida, escogiendo ser fiel a sí misma y desviando una carrera que parecía segura en los medios y el modelaje para convertirse en quien quiso ser, una mujer dedicada a las artes.

Para llegar a esta decisión debemos hacer un *flashback* a sus tiempos de colegio, a los talentos que empezó a mostrar desde niña, cuando participaba en la redacción del periódico de su colegio y tomaba clases de danza para ser bailarina; volver a los días en que fue modelo y presentadora de televisión, para con valentía inclinarse hacia su faceta intelectual y decidirse a estudiar filosofía en una sociedad conservadora y machista en la que muchas veces se sintió estrecha, tanto que decidió irse de Colombia y radicarse en París. ¿Qué impacto tuvo haberse ido? La mentalidad cosmopolita, la confianza para actuar sin miedos, en un lugar en el que a pocos importaba quién era o qué hacía con su vida, el atrevimiento para seguir el palpitante que guiaba sus acciones, el espacio para escribir y alzar su voz, defendiendo sus creencias y su verdad, yendo muchas veces contra la corriente de su época.

¿Qué escribía? Antipoesía o poesía científica, que fue como denominó su especialidad. ¿Cómo llegó allí? Con una curiosidad enorme que la llevó a leer compulsivamente autores de física, bioquímica, astronomía, genética, neurofisiología, filosofía y grandes civilizaciones. Estas disciplinas fueron su inspiración en la búsqueda por entender la humanidad y su existencia,

bajo la premisa de que “todas las áreas del conocimiento, del universo y de la vida, merecen ser llevadas a lo poético”, decía. Hoy, cuando tiene casi noventa años y justo en un momento histórico en que consideramos que la poesía son ideas libres que pueden llevarnos hacia el conocimiento, queremos rendir homenaje a una mujer así, a Olga Elena Mattei, preguntándonos quién es ella

y obteniendo la respuesta a través de sus versos, en el poema *Escuchando al infinito*: “...una sombra blanca o una luz negra, una nube de plasma, un micrón de energía compacta o una difusa niebla o una forma cualquiera sin substancia y sin tránsito de tiempo...”. ©



Fotografía de Gabriel Carvajal, sin fecha precisa aunque estimada a mediados de los cincuenta. Fuente: Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto.

Los verdaderos regalos
no vienen empacados
y no tienen precio,
siempre han estado ahí
más cerca de lo que te imaginas.



Los regalos
valiosos
NO SON
los más costosos



Esta navidad piensa bien antes de endeudarte.

www.confir.coop

La diferencia está en confiar

confir
coop

Protestas, revueltas, violencia estatal y huelgas obreras en el ojo de un fotógrafo bracero. Memoria del Magdalena Medio de los años veinte. Las fotos del tropel contra la Tropical Oil Company.

Memoria en llamas

Fotografías de Floro Piedrahita

por ADOLFO MAYA Y CAMILO ESCOBAR*

Floro Piedrahita tenía 65 años la noche que regresó a su casa en 1958 y decidió cortar y quemar su archivo fotográfico. Había bebido aguardiente y ese día, como lo hacía desde 1934, trabajó como óptico en su óptica Colombo Alemana. Cuenta su hija Elizabeth, presente esa noche fatídica, que Floro cortaba, quemaba y gritaba “godos hijueputas”. Lo hacía con rabia, como saldando una deuda que cargaba en su memoria desde años atrás. No se sabe qué pudo desencadenar esa decisión pirómana ante un archivo que había guardado con esmero desde que regresó a su tierra natal hacia 1932, después de haberse dedicado al oficio y al arte de la fotografía por al menos ocho años. El archivo de Floro llegó a Medellín y estuvo protegido de su deterioro; pasó por varias casas en el valle de Aburrá, hasta que su autor propietario resolvió ponerle fin.

Ante las llamas que producían aquellos negativos en acetato, la joven niña Elizabeth Piedrahita Uribe se conmovió y decidió salvar una parte del archivo que portaba la memoria de las luchas obreras en algunos puertos del “río rojo” —esa parte del río Magdalena en la que se realizaron sucesivas luchas por los derechos laborales en las primeras décadas del siglo XX—. Entre las llamas ardían Barrancabermeja, Puerto Berrío, las orillas del río Magdalena, Puerto Wilches, la Troco, los rostros, los gestos y las voces del obrerismo. Faltaron pocos minutos para que desaparecieran para siempre los 169 negativos que hoy se conservan bajo la custodia de los nietos Alonso Benjumea Piedrahita y Liliana Quintero Piedrahita. Pasaron los años y el archivo rescatado del fuego empezó a tener una nueva vida. Floro murió en 1972, y dejó un legado a pesar de sí mismo. Sus hijas Stella y Elizabeth se convirtieron en

las guardianas de los negativos sobrevivientes y en la década de 1980 facilitaron a Luis Sandoval y a María Tila Uribe el acceso a un grupo de imágenes.

En ellas quedaron registrados momentos y procesos de la instalación de una poderosa petrolera norteamericana en Barrancabermeja y la intensa protesta que instauraron miles de trabajadores en las huelgas de octubre de 1924 y de enero de 1927. Los festivos recibimientos que le hizo una buena parte de la población trabajadora a María Cano en diciembre de 1926 y a finales de 1927 durante sus dos visitas a Barranca también fueron captados por la cámara de Floro Piedrahita. Los años veinte, en medio de la ebullición de reclamos, exigencias, límites, concesiones y tensiones entre dirigentes empresariales, líderes políticos revolucionarios, funcionarios del Estado colombiano y trabajadores, quedaron en la memoria visual que guarda el archivo de aquel fotógrafo nacido en Medellín el 12 de febrero de 1893. El oficio de tomar vistas en medio de huelgas y revolucionarios convirtió al joven buscador de aventuras en un “aguerrido soldado de la causa obrera y campesina de Colombia”, según lo expresó uno de los principales periódicos socialistas de los años veinte.

Cuando Floro Piedrahita dejó su ciudad natal llevaba consigo, según la memoria familiar, un título de bachiller con los jesuitas, tres años de seminarista, una escapada repentina del seminario, tres años de formación en tauromaquia, una “mano multada” por pelear, un hermano menor llamado Gabriel, una orfandad de padre desde los diez años y una amistad con Raúl Eduardo Mahecha (1884-1940), quien sabía disparar, escribir, imprimir periódicos, tomar fotos y dar discursos convincentes y entusiastas sobre los derechos de los trabajadores, las promesas del socialismo y los peligros del imperialismo. La amistad, la camaradería y la cercanía entre Floro y Raúl Eduardo pueden apreciarse en algunas de las fotos que hemos recopilado. En una de ellas, ambos posan ante la



Floro con su hermano Gabriel en la fachada de su Taller Piedrahita H^{ros} Photographers, Barrancabermeja, c. 1924.

cámara con el fin de dignificar y defender la lucha por los tres ochos, que tuvo en Barrancabermeja un epicentro durante los años veinte y treinta, hasta que fue aprobada por el Congreso colombiano por medio de la Ley 129 de 1931 y reglamentada por el Decreto 895 del 26 de abril de 1934.

Las fotografías

Entre las fotos de Floro Piedrahita Callejas hay una que nos permite entender cómo se concretó y se interpretó aquella nueva condición territorial en el imaginario político de los jefes policiales colombianos cuando debieron enfrentar las luchas obreras derivadas del traspaso que autorizó el gobierno colombiano de la Concesión de Mares a la Tropical Oil Company en 1919. Corría el año 1927 y los trabajadores del enclave petrolero entraron

en una segunda huelga general durante el mes de enero. El gobierno de Miguel Abadía Méndez envió la policía al puerto de Barrancabermeja y allí su comandante pronunció las siguientes palabras ante los huelguistas, mientras que a la vez les obstruía el paso con sus uniformados en armas: “No pueden pasar porque esta vía no es territorio colombiano”. La frase se puede deducir del comentario que escribió Floro Piedrahita, con su lápiz de cera negra, sobre el negativo que construyó aquel día de lucha obrera en contra de las precarias condiciones de trabajo que ofrecía la Tropical Oil Company.

Este ejercicio escritural del fotógrafo permite comprender mejor el escenario visual que devela el blanco y negro de la imagen, pero a la vez indica el carácter político y militante del autor de la fotografía. Presenta además un cuestionamiento en torno a la nación que está siendo representada y defendida por aquel cuerpo de “policía nacional”. La palabra “arbitrariamente” es asimismo una clara crítica del fotógrafo a la acción policial y el verbo “alegar”, conjugado en la forma del gerundio, ofrece una pista para imaginar el tono y la actitud de la voz autoritaria del jefe de policía, que obedece órdenes de funcionarios del gobierno colombiano y, muy probablemente, de los directivos de la Troco.

La advertencia que el señor Woodrow Wilson había expresado veinte años atrás sobre el ultraje que podían tener las naciones con las cuales se hacían concesiones de explotación económica se materializa por medio de la representación mental que pusieron a circular no solamente los financistas y políticos estadounidenses, sino también, en este caso, algunos miembros del Estado colombiano. Podríamos decir, en otros términos, que el Estado en Colombia estaba deconstruyendo su condición de poder soberano sobre un territorio al ceder, en la práctica, el control que debía ejercer sobre aquellas riberas del río Magdalena. Cuando el jefe de aquel grupo policial anunciaba a los trabajadores que aquella “vía no era territorio colombiano”, se estaba terminando de configurar lo que ha sido denominado, en ámbitos académicos, una *economía de enclave*, es decir, una forma de producción en la cual un Estado declina y pacta con una compañía extranjera la creación de una colonia o isla de poder donde gobiernan los directivos empresariales beneficiados por una concesión del mismo Estado. La fotografía de Floro, aquel enero de 1927, poco antes de ser enviado al panóptico de Tunja, visibiliza el rostro de un Estado que pone en práctica unas técnicas de gobierno con las cuales se debilita y se autodesterritorializa. La fotografía que anuncia este gesto político deja ver un conjunto de policías y trabajadores que escuchaban las palabras del comandante que negaba el paso a los huelguistas y otorgaba un trozo de soberanía a Estados Unidos. Pero los unos como los otros, incluido el mismo jefe de policía, probablemente no alcanzaban a dimensionar el complejo entramado político que estaba detrás de aquellas declaraciones. Todos terminaron obediendo aquel abuso de autoridad y aquella afrenta al territorio nacional.

Ahora bien, este escenario anterior, en el cual el Estado colombiano actúa claramente en favor de los directivos de la Troco y de los intereses económicos de Estados Unidos, se vio fortalecido por la declaración de estado de sitio que se efectuó en Barranca durante los días de la segunda huelga general en enero de 1927. El acto fue realizado leyendo un bando ante unos cuantos civiles, pero frente a la atenta escucha de un pelotón militar cuidadosamente filado, uniformado y armado. A la lectura del “bando declarando a Barranca

en sitio” acude un presuroso habitante que desea saber lo que se dice. Mientras tanto, los policías, algunos niños que miran al fotógrafo y un puñado de adultos se mantienen atentos a lo que pronuncia el representante estatal. Floro Piedrahita estuvo en aquel momento con su cámara registrando cómo los agentes ponían en marcha una conocida técnica de gobierno: los poderes especiales para que el presidente legisle, decrete y ordene según su parecer y el de sus ministros.

La constitución vigente en 1927 permitió al presidente Miguel Abadía Méndez reaccionar y declarar el estado de sitio después de que él, los miembros del consejo de Estado y todos sus ministros consideraron la existencia de una conmoción interior cuando en Barrancabermeja los anhelos de los trabajadores perturbaron el “orden público”. Estos hombres hicieron uso del artículo 121 de la Constitución nacional de Colombia, un artículo que no fue reformado ni una sola vez entre 1886 y 1991,

es decir, durante los 105 años de su validez como norma rectora de la vida y del sistema jurídico colombiano. Seguramente aquel presidente acudió a esta herramienta constitucional y política con el fin de “defender los derechos de la nación o reprimir el alzamiento” que percibió en Barranca.

Es posible que el titular publicado en el periódico *El Tiempo*, el 14 de enero de aquel año, anunciando que había “diez mil obreros listos para declarar la huelga en Barranca” haya provocado



La policía nacional obstruye arbitrariamente una vía pública a los huelguistas; alegando su jefe que esa vía no era territorio colombiano, Barrancabermeja, enero de 1927.



María Cano saluda al obrerismo de Barranca con un elocuente discurso, diciembre de 1926.

un gran pánico en la sensibilidad del presidente Abadía Méndez. También es factible que ese número multitudinario de obreros lo haya hecho pensar que una gran revolución se preparaba en las tierras que explotaban los amigos norteamericanos. Este pensamiento pudo venir a la mente del presidente porque debajo de aquel alarmante titular se anunciaba “que la excitación de los ánimos en aquella población es grandísima y que aquel pueblo estuvo a punto de linchar a un americano que rompió la bandera de los huelguistas”. El presidente leía dichos sucesos en la primera página de uno de los principales diarios del país, pero también recibía noticias más “peligrosas”, pues por esos mismos días los obreros de Barrancabermeja habían redactado sus peticiones y razones para declarar la huelga en los campos de trabajo de la Tropical Oil Company. En ellas se solicitaba “aumento de salarios del 25 %”, “seguridad de empleo, es decir, que no hubieran despidos sin justa causa”, “descanso

en América Latina, aquella situación política en Barrancabermeja significa la conformación de una “zona marrón”, es decir, de una sección del territorio en la cual el Estado tiene una precaria presencia tanto en el aspecto funcional como material, o sea, no existe “un conjunto de burocracias razonablemente eficaces ni una legalidad efectiva”.

La huelga continuaba y el 20 de enero de 1927 una bruma leve recorría las calles cálidas de Barrancabermeja. Floro Piedrahita también transitaba con su cámara Autographic Kodak Special observando, oyendo y captando momentos de las marchas de los obreros. Buscaba un punto de vista para lograr un plano amplio que permitiera registrar la tensión entre los trabajadores en masa con sus banderas, por una parte, y el jefe de policía con sus agentes que protegían directivos de la empresa petrolera, por otra. Terminó ubicándose en una altura desde la cual pudo escuchar cuando el jefe de la policía nacional hacía “retirar los obreros usando de frases humillantes y fuertes

trabajadores es extensiva a todo el Alto Magdalena”. El reportero que anunciaba el regreso de parte de los trabajadores entrevistó al general de la Tropical en Bogotá, un señor Palmer. También habló con el señor Jurado, secretario del Ministerio de Gobierno, y con el propio ministro de Gobierno, el señor Jorge Vélez, quien consideró que “la huelga está muy cerca de su completa terminación”.

Ahora bien, no es posible afirmar que detrás de las palabras del ministro Vélez estuviera escondiéndose lo que horas más tarde sucedería en Barrancabermeja: la terminación de la huelga por el ingreso de la policía disparando contra los obreros y quienes se encontraban reunidos para honrar y despedir al alcalde Saúl Luna Gómez, dirigente político que simpatizaba con las peticiones de los trabajadores. Mientras que ese jueves 20 de enero se anunciaba en Bogotá el final de la huelga, debido a la poca unidad de los obreros de la Tropical, en Barrancabermeja se optaba por una solución violenta y represiva

luchar por sus derechos laborales y que los empresarios continuaran poniendo en práctica formas de trabajo que ahora se empezaban a considerar injustas y abusivas. De acuerdo con el relato del periódico *El Tiempo*, aquella noche del jueves 20 de enero ya existía un nuevo alcalde en Barrancabermeja. Se llamaba Fermín Camacho, un capitán de la policía que había sido nombrado en reemplazo de Saúl Luna Gómez. La situación del pueblo petrolero, a ojos del gobierno, necesitaba un gobernante que tuviera una formación de carácter militar, puesto que la hora de las negociaciones políticas había terminado. El alcalde capitán estaba enterado del banquete que se celebraba en el Café Chino. Según el corresponsal que cubrió el 21 de enero lo sucedido en Barrancabermeja, el “distinguido grupo de caballeros de todos los colores políticos” que se encontraba amanecido acompañado por algunos de sus camaradas.

El pánico también se hizo presente. Las esposas de los celebrantes acudieron a socorrer a sus maridos y muchos de los que allí estaban se precipitaron saliendo por el solar del restaurante. “Como resultado de la agresión hubo tres muertos y muchos heridos. Comunican además que el Magdalena arrastró otros ocho cadáveres. [...] El cura párroco y el nuevo alcalde, capitán Fermín Camacho, en lugar de impedir la matanza y de intervenir para poner fin a la tragedia, se encerraron en la casa cural”. Uno de los muertos fue Leonardo Ardila, o Arcila. La imagen del obrero muerto, caído en una de las calles por las que había marchado para protestar contra sus precarias condiciones de trabajo, representa un ritual fúnebre a la vista de todos los presentes en Barrancabermeja. Es probable que el cuerpo inerte del trabajador asesinado por el Estado colombiano haya amanecido acompañado por algunos de sus camaradas.

La foto fue tomada por Floro Piedrahita después de que ubicaron cuidadosamente algunos símbolos alrededor del cadáver de quien merecía ahora el silencio y la pleitesía de sus simpatizantes. Para honrar la memoria, el compromiso y, a la vez, para visibilizar la muerte injusta del obrero se organizó a su alrededor una improvisada velación; es decir, se rodeó el cuerpo del fallecido con velas que poco a poco se consumían para luego ser reemplazadas, de tal forma que el fuego estuviera presente durante todo el lapso del velorio. La llama, ese símbolo ancestral que nuestros antepasados tanto aprendieron a cuidar, también se hizo visible en forma cuádruple encerrando el cuerpo sin vida de Leonardo Ardila. No se podía aceptar que esa muerte pasara sin la debida atención. Por eso trajeron un estandarte donde fuera posible plantar una bandera con los tres ojos. La tela portaba seguramente el color rojo, símbolo de las luchas obreras. El rojo de la sangre corría todavía en el perímetro fúnebre que delimitaban los extrañados, solidarios y tal vez curiosos que observaban y participaban del ritual organizado por los compañeros de Leonardo.

Floro Piedrahita fue el principal relator de aquella escena. Su cámara, su enfoque, su taller y su lápiz de cera inscribieron trazos de aquella noche mortal. Floro la equipara con la famosa noche sangrienta ocurrida en París, 355 años antes, el 23 de agosto de 1572, conocida como la Noche de San Bartolomé. En el siglo XVI murieron protestantes religiosos, en 1927 murieron obreros que protestaban por la ausencia de anjeos en las habitaciones de la Troco en Barrancabermeja.

Se aseguró en las fuentes oficiales que los discursos de Mahecha y Luna Gómez “fueron incendiarios” y los huelguistas “atacaron a garrote” al general Pulecio y luego fueron a la casa cural y a la alcaldía para agredirlas con “pedras y garrote”. Se trató entonces de dos versiones que no se correspondían. Por su parte, el ministro de Guerra Ignacio Rengifo dijo: “Quizás debido un poco al alcohol ingerido el señor Mahecha y otros oradores pronunciaron discursos conciliatorios contra el orden público, contra el gobierno, contra la sociedad y contra la fuerza armada”.

¿Qué pensarían los lectores de la prensa en Colombia cuando vieron el cadáver de Leonardo Ardila en la calle y en medio de unos símbolos poco claros para muchos? La ausencia de cruces y estampas religiosas de origen católico pudo haber confundido y preocupado a las sensibilidades religiosas de numerosos colombianos. En ese espacio mortuorio se veían una bandera indiscrutable para un devoto cristiano y unas velas que no eran exclusividad de los rituales católicos. “Ah, se trata de un comunista”, “de un ateo”, “de un enemigo de Dios y de la Patria”. “¡No merece

sepultura eclesiástica, debe ir al muladar!”. Debieron exclamar los creyentes más convencidos de que los comunistas no podían entrar a los “campos santos de la cristiandad”.

En otras palabras, podemos decir que la interacción violenta del jefe de la policía nacional con los huelguistas de Barrancabermeja en términos apátridas, ultrajantes y ofensivos, unidos a la agresión mortal y a la exposición del cadáver tirado en la calle de Leonardo Ardila ilustran con una locuacidad notoria y una intuición profunda que la violencia se ratifica como parte del repertorio de la alianza Estado-empresa-iglesia. Expresamente, dicha alianza anunciaba la violencia como una *iniquidad inoportuna, pero legítima*, de la vida nacional en sus años venideros. Como muy bien ha escrito la antropóloga forense Helka Alejandra Quevedo, “el cuerpo de la víctima es un texto sufriente sobre el cual el perpetrador escribe un manual, una lección; la víctima misma es elegida con una alta dosis de azar”.

En el archivo de Floro Piedrahita, la historia de Leonardo Ardila tiene un segundo capítulo. Debió haber sucedido varios meses luego de su muerte, porque Floro fue llevado preso una semana después hasta el panóptico de Tunja. No tenemos muchos documentos para

comprender lo sucedido, pero sabemos, gracias a la cámara de Piedrahita Callejas, que “el cadáver de Leonardo Ardila, víctima en la huelga de Barranca en el año de 1927” fue exhumado. La exhumación debió responder a la gran solidaridad que se gestó alrededor de la huelga y a la indignación que produjo este funesto desenlace.

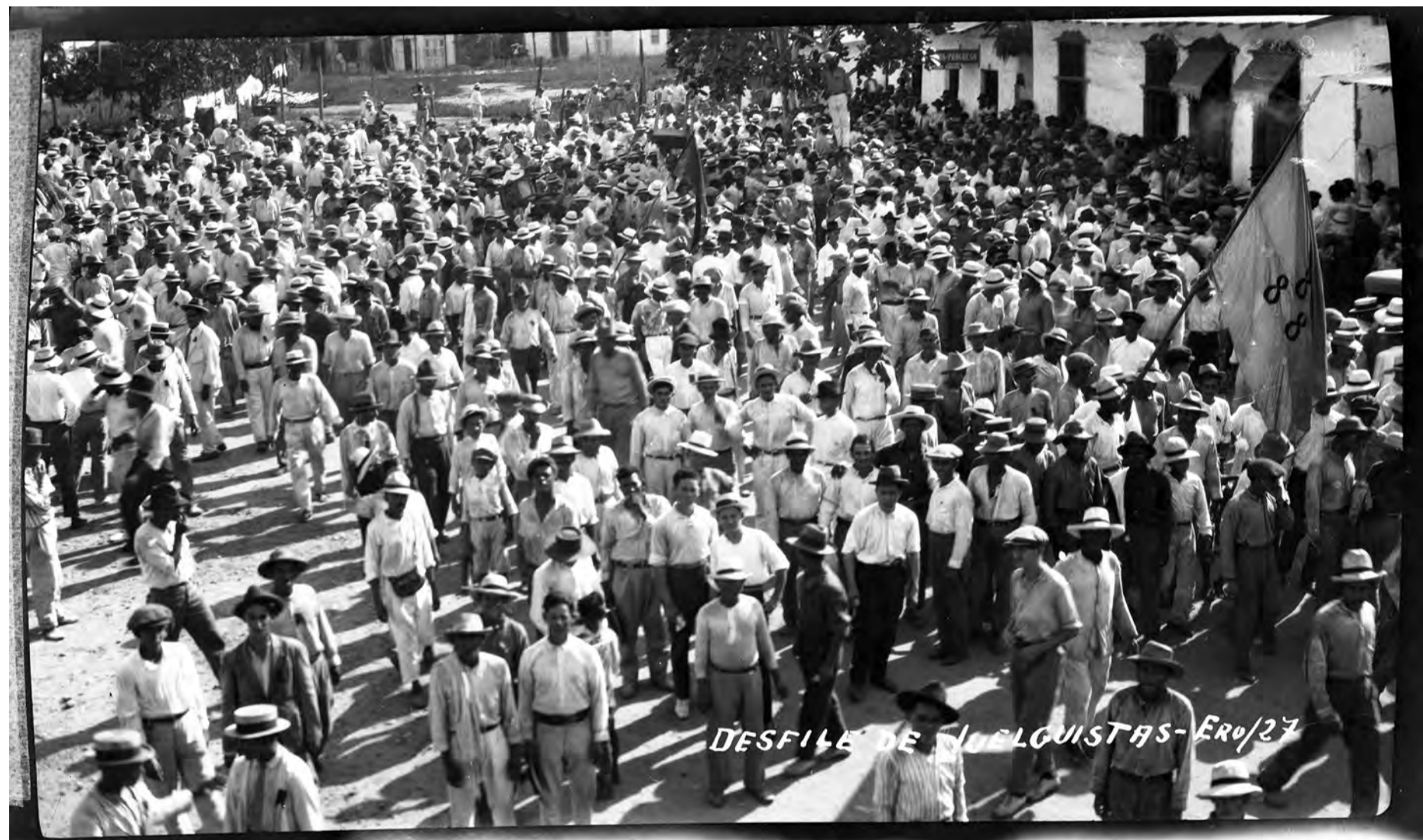
En Barranca, como en otras ciudades de Colombia, muchos otros grupos de trabajadores se unieron al paro de los obreros petroleros. Raúl Eduardo Mahecha escribió un telegrama al ministro de Industrias, el 9 de enero de 1927, en el cual deja constancia de aquella solidaridad e indignación. La huelga se había declarado cuatro días antes, el 5 de enero, cuando de manera espontánea uno de sus trabajadores decidió llegar temprano a la puerta de entrada de los obreros para decirles: “No pueden entrar a trabajar porque hemos resuelto declarar la huelga”. Este relato “heroico” pertenece a uno de los líderes que luego terminaron presos, y es posible que haga recaer demasiado en sí mismo la iniciativa de propiciar la huelga. En todo caso, el telegrama de Mahecha del 9 de enero le asegura al ministro que “hora por hora llegan barcos, canoas cargadas de obreros colombianos (...). Harase (sic) imposible si continúa inmigración

sostenimiento más de diez mil trabajadores, fuera familias”.

De esas multitudes de obreros también quedaron registros visuales en el archivo de Floro Piedrahita. Se trata de fotografías en las cuales se perciben gestos de solidaridad y apoyo y una decidida voluntad de luchar conjuntamente por la construcción de derechos laborales. El fotógrafo crea una imagen e inserta en ella unas cuantas palabras con las que construye una doble narración: iconográfica y escritural.

Por su parte, después de que la policía disparó contra los obreros en el Café Chino la noche del 20 de enero y ultimó a Leonardo Ardila, otro de los líderes políticos que venían impulsando las luchas obreras por mejores condiciones de trabajo, el intelectual y cofundador del Partido Socialista Revolucionario, el señor Ignacio Torres Giraldo, aseguró en sus crónicas que entre el 23 y el 26 de enero entraron en huelga también trabajadores de Girardot, Beltrán, La Dorada, Puerto Berrío y braceros de Ambalema y Calamar, “quedando generalizado el paro en el río”. Y a ellos se unieron igualmente los trabajadores “del dique, el ferrocarril y los puertos de Cartagena”. ©

*Profesores investigadores de la Universidad Eafit.



Desfile de huelguistas. Muchos trabajadores van con sus camisas abotonadas hasta el cuello, lo que les da más elegancia. El abanderado enarbola no solo una bandera, también porta un símbolo de lucha política: los tres ojos. Al fondo, en la última fila contra el cerco, es posible encontrar la presencia de capataces o trabajadores que no están en el desfile. Barrancabermeja, enero de 1927.

dominical”, “día de trabajo de 8 horas”, “mejor comida y mejores condiciones sanitarias” y “anjeos en las ventanas de las viviendas de la compañía”.

Todo aquello era demasiado para el muy creyente presidente colombiano y sus nuevos socios empresariales. Era necesario entonces declarar la conmoción interior y darle al jefe del gobierno los poderes con los cuales pudiera restablecer la “tranquilidad pública” perturbada por los excitados trabajadores y sus medidas peticiones. El carácter del régimen político colombiano frente a las luchas populares por los derechos laborales continuaba así perfilándose. Ante la solicitud de los trabajadores y sus acciones para presionar mejores condiciones de trabajo era justificable hacer uso de poderes especiales, de decisiones policiales y de advertencias que pasaban por frases humillantes, como escribió Floro Piedrahita en una de sus fotografías del 20 de enero de 1927. En palabras de Guillermo O’Donnell, cuando piensa la construcción y formación del Estado

e hiriendo el amor propio de todos”, tal como lo denunció sobre el negativo que indica nuevamente la presencia hostil de la imagen ilusoria del Estado. De un Estado que no tiene otras palabras diferentes a las ofensivas y degradantes para dirigirse a los trabajadores y a los colombianos. Aquel día jueves, 20 de enero de 1927, se decía en algunos periódicos de la capital del país: “Parte de los huelguistas de Barranca regresan al trabajo”.

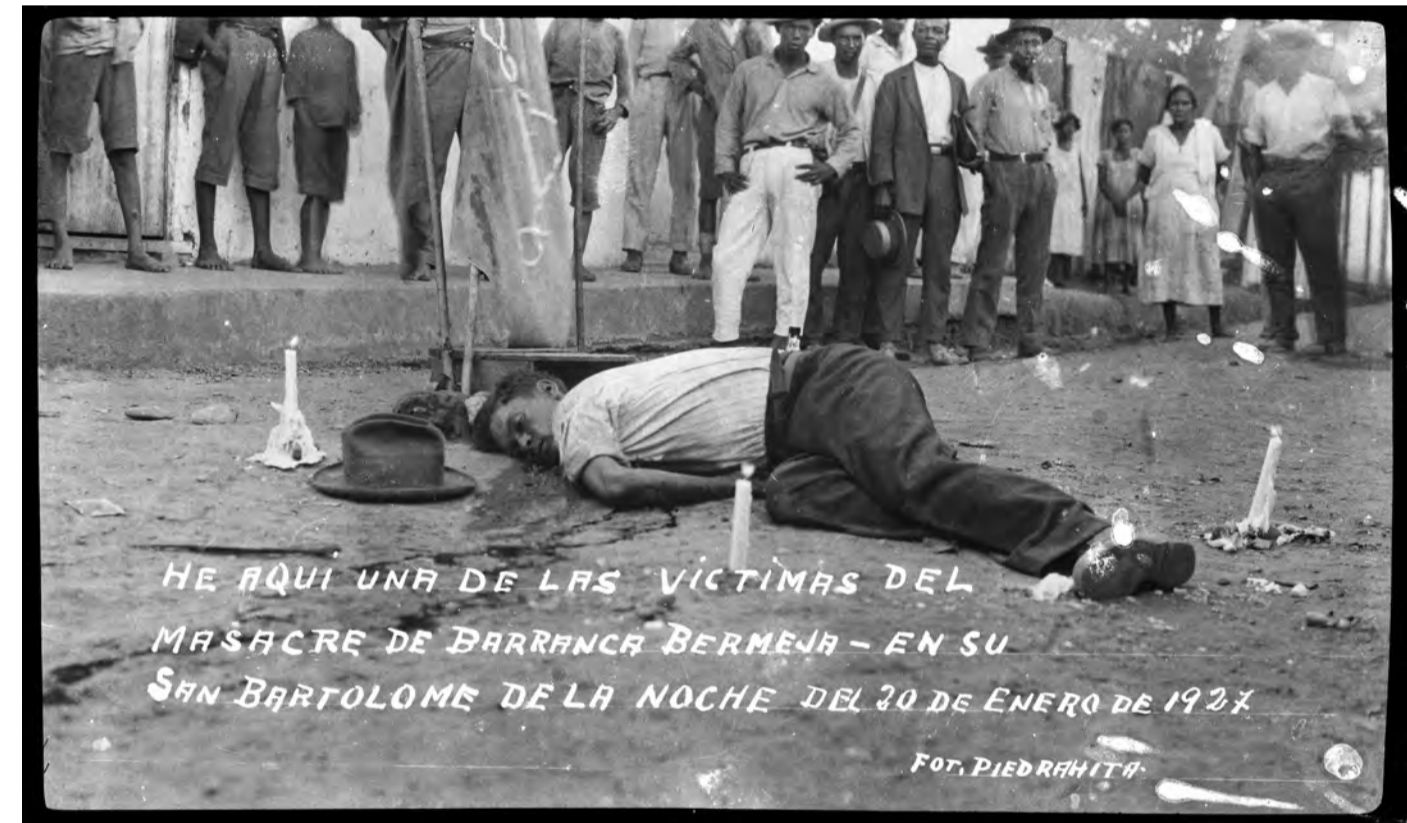
La noticia creaba una idea de desorden entre los trabajadores, aunque intentaba ser objetiva al presentar información proveniente de diferentes actores del conflicto laboral que tenía su sede principal en Barranca, pero que se había extendido a otros lugares de Colombia. En efecto, en Medellín se realizó una manifestación liderada por María Cano en favor de los huelguistas barranqueños y en Girardot los braceros se negaron a “movilizar los cargamentos de la Tropical, como venganza contra las últimas declaraciones de la compañía. Esa resolución de los

por parte de la policía nacional. Los uniformados entraron al salón, donde se celebraba pacíficamente, accionando sus armas y provocando la muerte de varios trabajadores, los unos porque fueron alcanzados por las balas y los otros porque murieron ahogados tratando de escapar tirándose al río Magdalena.

El desenlace violento develó un Estado “marrón”, débil e incapaz de mediar y regular efectivamente los conflictos sociales. Las noticias del sábado 22 de enero se movieron entre las informaciones oficiales, es decir, de los agentes del gobierno, y las narraciones de corresponsales periodísticos que fueron enviados a Barranca con el fin de recoger los relatos de los trabajadores y la población del puerto fluvial petrolero en estado de sitio. Recordemos que dicha situación jurídico-política legalizaba acciones represivas que buscaran la supuesta recuperación del “orden” y la “tranquilidad pública”. El problema es que la aceptación de ese estado de quietud implicaba que los trabajadores renunciaran a

también su simpatía por el trabajo que había hecho el doctor Luna Gómez. Acto seguido, Mahecha tomó la iniciativa y “usó en toda su peroración de palabras moderadas”. A este gesto de cordialidad “contestó el doctor Luna Gómez dando las gracias a los manifestantes, y excitando calurosamente a todos los obreros, para que desfilaran tranquilamente hacia sus hogares”.

Mientras eso sucedía en el interior del Café Chino, afuera, en las calles aledañas, se preparaba un pelotón de policías al mando del general Rafael Pulecio, superior del nuevo alcalde de la ciudad convulsionada. De repente, el capitán Camacho, invitado a la cena, “fue llamado hacia la calle, a donde acudí para no volver”. De esa manera se protegía al nuevo alcalde y se possibilitaba que “el general Pulecio, comandante de la policía nacional acantonada en esta población, revolver en mano y gritando abajos a la huelga y vivas al gobierno, iniciara un tiroteo contra el local del Café Chino”.



He aquí una de las víctimas de la masacre de Barrancabermeja - en su San Bartolomé de la noche del 20 de enero de 1927.



Exhumación del cadáver de Leonardo Arcila - víctima en la huelga de Barranca (sic) en enero de 1927.



DESFILE DE OBRERO CON MARIA CANO - DBAE / 26

Desfile de obrero con María Cano. María, en primer plano, aumenta el entusiasmo de los obreros y de mujeres que portan también banderas y símbolos de las luchas por los derechos laborales. Barrancabermeja, diciembre de 1926.



EL JEFE DE LA POLICIA NAL HACE RETIRAR LOS OBREROS USANDO DE FRASES HUMILLANTES Y FUERTES E HIRIENDO EL AMOR PROPIO DE TODOS. ERO 20/27

El jefe de la policía nacional hace retirar los obreros usando de frases humillantes y fuertes e hiriendo el amor propio de todos. Memorable foto de la marcha y su premonitorio texto, pues esa noche la policía disparó en el Café Chino en contra de los obreros y mató a varios. El hombre que camina hacia la cámara, quizás un capataz de la Troco o el mismo jefe de la policía, está señalado con una cruz como parte del texto. Barrancabermeja, enero 20 de 1927.

★ **¿POR QUÉ EN UN PAÍS** ★
CON TANTAS DESIGUALDADES Y PROBLEMAS

✿ **SE APAGA LA VIDA** ✿

DE QUIENES TRABAJAN
 ★ **POR RESOLVERLOS?** ★



En el 2021 han asesinado a 152 líderes sociales, muchos de ellos y ellas eran jóvenes.

Cifra tomada de Indepaz. Observatorio de DDHH, Conflictividades y Paz

ABRACEMOS Y CUIDEMOS LA VIDA DE QUIENES LIDERAN EL CAMBIO

CREER
 ★ PARA VER ★



Conoce más en fundacionmisangre.org



@MiSangreFundacion



@fmisangre



@fmisangre

MAPA INCIERTO

por MIGUEL ROJAS • Ilustración de Juliana Arango

Para Raúl

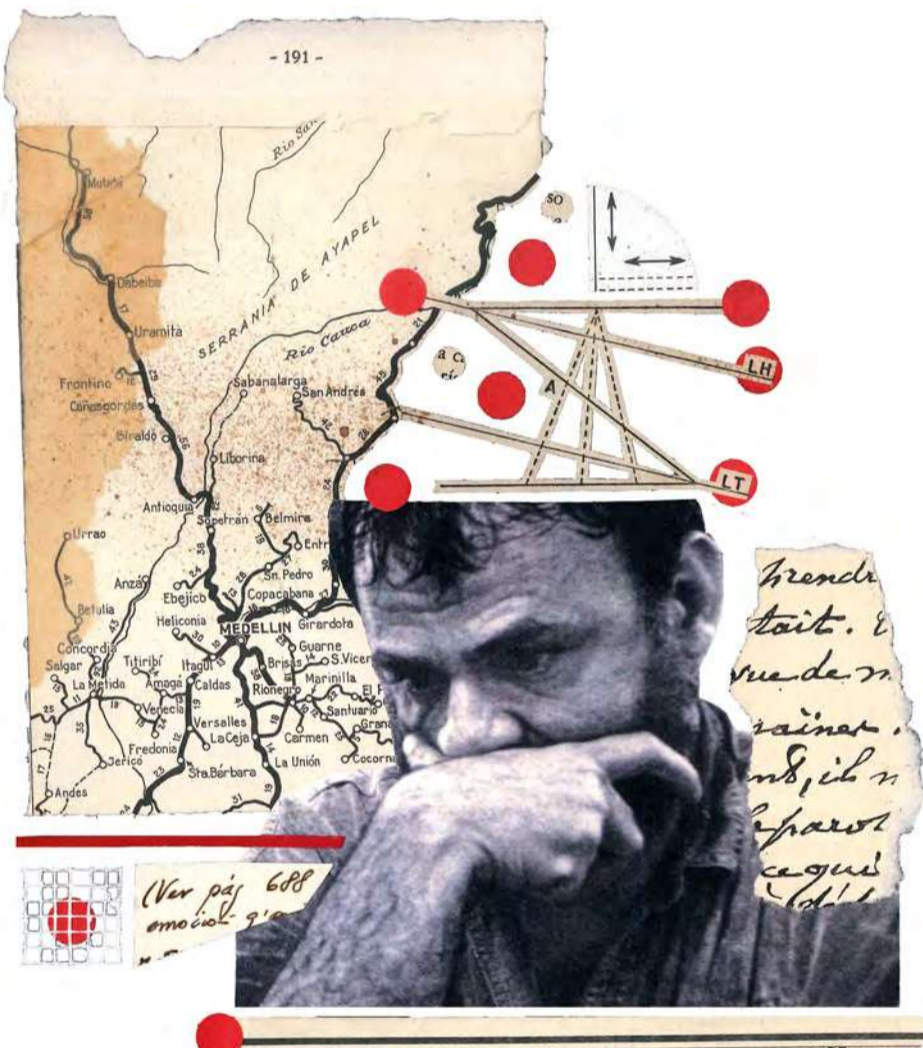
Intento seguirle la pista a un recuerdo distinto de aquellos versos que le robaste a la muerte. Persigo tu fantasma, Raúl, ese que puebla las memorias de quienes te conocieron en Medellín. Recorro inocentemente los espacios donde me dicen que estuviste, que por La Playa, que en el Parque del Periodista, que el teatro Carlos Vieco, que el Paraninfo. Lugares que la propia Medellín engulló y transformó, que como los recorriste acaso sobreviven en fotos. La Medellín de finales de los setenta, la de finales de los ochenta y la de inicios de los noventa. Andabas por acá con frecuencia.

La primera vez tu hermano Rubén te trajo al Hospital Mental de Antioquia, a su sede de Bello, en 1977. Fue luego de que brotaran con fuerza tus episodios psicóticos, tras la muerte de Joaquín Pablo, ese padre del que dices “era el último hombre honrado que sobrevivía alegre (...) aquel sentido sembrador de amorosas pasiones”. La esquizofrenia que te siguió hasta la muerte tomaba fuerza y sentías que tu madre y tus hermanos te iban a envenenar, a matar. Tenías 32 años. De la ternura pasaste a la violencia contra ellos.

El Hospital Mental fue el primero de los catorce hospitales psiquiátricos del país en los que estuviste internado. Como dices en *Esplendor de la mariposa*, “En la clínica mental / vivo un pedazo de mi vida / Allí me levanto con el sol / y entre tanto escribo / mi dolor y mi angustia / sin angustias ni dolores”. No te creo Raúl, releo tu póstumo *Libro de la locura* y no trasluce otra cosa que angustias y dolores. Volviste a Cereté tres semanas después y le soltaste a tu nueva: “¿Sabe una cosa, comadre? La gente me va a temer como al Tuerto López. Estoy escribiendo poesía”.

Entonces comenzaron los recitales que te organizaban tus amistades, las rupturas con tu familia, la aparición de nuevos brotes psicóticos, la publicación de tu primer libro, *Poemas*, en 1980, y los ires y venires a Bogotá, Montería y Cartagena. También pasabas por acá, por Medellín. Aparecías fugazmente a la par que ibas creciendo como poeta. De 1977 hasta 1989 no hay certeza del número de visitas a Medellín, pero es claro que venías. ¿A qué venías? ¿Viste en las montañas lo mismo que Artele, esos “mares petrificados de estático verde milenario”? ¿O te era grata una ciudad donde se leía más que en Cereté, donde no te señalaban por fumar baretta y te celebraban los versos?

Me cuenta Gustavo Zuluaga, el Hamaquero, que llegabas a su puesto de venta de hamacas en la avenida La Playa y le pedías permiso para poder acostarte en una de ellas. Te balanceabas al son de vallenatos de Leandro Díaz,



Crescencio Salcedo y Rafael Escalona que tú mismo entonces o escuchabas en el radio. Me dice el Hamaquero que conversaban de la vida, “de cosas sin trascendencia”, y que no le contaste que eras poeta ni que fuiste teatrero.

Para él eras en ese entonces un amigo costeno con el que charlaba. Luego, viendo fotos de tu éxito y encontrándote de nuevo en el 93 en Medellín, ya te reconocería como Gómez Jattin, el poeta. Cuando conversaban en el vaivén de la hamaca te regalaba paletas. No parece, Raúl, que le diste el consejo de tu poema: “No te encuentres conmigo”.

Estuviste, por ejemplo, en el recital “La poesía tiene la palabra”, el 24 de mayo de 1989. Ya habías publicado *Tríptico cereteño* y eras reconocido. Habías aparecido en el 86 en *Panorama inédito de la nueva poesía en Colombia*, de Santiago Mutis Durán, en Procultura. Tus amigos, como Milcíades Arévalo, Roberto Burgos y Darío Jaramillo Agudelo, publicaban tus poemas y hablaban de tu poesía en periódicos y revistas de la capital.

Raúl de nuevo en Medellín, con más recitales y sanatorios que la primera

cómo, cuando te hospedaste en la casa de Mónica Flores, saliste a caminar con María Cecilia González, una de las organizadoras de “La poesía tiene la palabra”. Al pasar por una tienda viste unos mangos, te antojaste, los agarraste, los mordiste impunemente, mientras Cecilia pagaba ante el reclamo del tendero. Luego los regalaste entre la gente que encontrabas por ahí.

Te escabulles, no sé cómo, ni a los cuantos días, pero ese mismo año reapareces en el Centro de Medellín. Eduardo Cárdenas, uno de los fundadores de La casa del teatro y el Pequeño Teatro, se topó contigo. Me cuenta que llegaste a La casa del teatro, entre Maracaibo y La Playa, cuando apenas la estaban remodelando. Raúl, ya no es solo esa casona antigua, ahora es hasta una biblioteca.

Estaban montando *El gran teatro de Oklahoma*, basado en *América*, de Franz Kafka. ¿Cómo fue encontrarte con esa obra que habías actuado y dirigido en los sesenta con el Teatro Experimental del Externado en Bogotá? “Se abrió la puerta de la sala de ensayo y entró un tipo altísimo. Pantalones a mitad de las rodillas, camisa sucia, despeinado, barbado”, relata Eduardo. Dice que preguntaste por la obra, que con tu vozarrón exclamaste que era tu autor preferido y que si podías quedarte a ver el ensayo. Me dice que estuviste en silencio, “muy juicioso”, y los felicistaste al terminar. Saliste. Tu fantasma se diluye de nuevo.

Raúl, releo tus poemas: ¿era cruel verte ante un espejo oscuro y descubrir que tu prematura calva, el peso de los 44 años vividos entre la soledad y la locura y tu boca destruida en su tierna intimidad sí acusaban daño, a diferencia de como dices en el poema? Deambulabas cayéndote a poemas y pedazos por Bogotá, Montería, Cartagena y Medellín.

Se apilan los años. Tu figura se traslada a otras ciudades. En la Heroica, Bibiana Vélez, tu amiga y protectora del momento, logró sacarte de la Cárcel de Ternera, un establecimiento penitenciario donde llevabas tres meses recluso. Te soltaron con la promesa de que ibas para Medellín, invitado al tercer Festival Internacional de Poesía.

Imposible no verte como te dibujas: “Venía de esconderme de una grave locura / que tomaba mi vida y se la ofrecía al viento / para que él la llevara a un lugar ciego lejos / libre de aquellas cosas que parecen la vida / y que la ocultan a costas de nuestra locanía”.

Era 1993. Luego de una visita al Hospital Psiquiátrico de San Pablo, en Cartagena, agarraste un vuelo con Bibiana para Rionegro. Bajaron al Centro de Medellín y entraste al Hotel Ambassador, a una cuadrada del Parque Bolívar, cobrando honorarios a los organizadores. Gabriel Franco, uno de ellos,

recuerda que luego de darte el dinero reapareciste a las horas con una grabadora en el hombro a todo volumen. Richie Ray, tu afición del momento, musicalizando el hotel poblado de poetas.

Y vienen las anécdotas de Raúl en el festival. El recital en el Carlos Vieco, allá en el cerro Nutibara, ese que Bibiana recuerda como “una tarde entera leyendo poesía”. El otro en el Jardín Botánico, donde en vez de leer tus poemas te dedicaste a cantar *Gracias a la vida*. Y el de la Biblioteca Pública Piloto, donde no tenías gafas ni libro, y te prestaron lo uno y lo otro, pero una vez finalizaste te fuiste sin devolver el libro. “Es que yo lo escribí”, sentenciaste al salir.

Se supone, Raúl, que solo venías del 2 al 8 de junio. Pero te quisiste quedar. Una vez acabó el Festival, Bibiana te internó en el Hospital Mental y se devolvió para Cartagena. Tu condición mental no era la más estable. Cuando saliste, los de Prometeo, organizadores del festival, te rentaron un cuarto por el Paraninfo y comenzó tu andar con Jairo Guzmán o con Jota Arturo Sánchez.

Raúl con Jairo p'arriba y p'abajo por La Playa. Raúl *rockstar* y feliz, según me cuenta Jairo. Raúl, ese poeta al que saludaba “gente de toda índole” en la calle. Y tus tardes andando por La Playa, hablando de poesía hasta llegar al Parque de Boston. Y Jairo que te leía a Catulo, a Tristan Tzara y Dylan Thomas. Y las evocaciones del Cereté de tu infancia alrededor de un bareto. También los almuerzos en El Dorado, el restaurante diagonal al Pablo Tobón Uribe, que ahora sobrevive más pequeño. Las idas a Envigado hasta que te cansabas y volvías al Centro.

Las tardes, Raúl, en La Arteria: esa reverberación universitaria de artistas, de bohemios en La Playa con Girardot. Esa casona antigua que devino, como muchas otras casas grandes del Centro, en un parqueadero de motos. Departías ahí o en el Parque del Periodista o en Versalles.

Cuando no estabas solo o con Jairo, eran las aventuras peluculescas con Jota. Esas que él consignó en su artículo *Entregar los tesoros*. Y fueron manifestándose los brotes psicóticos en que dejabas de ser ese hombre amable y cariñoso para tornarte irritable, violento. A tu lado las drogas psiquiátricas como el Akineton, Lexotan y Rohypnol, junto a la baretta, la cocaína y el bazuco. Raúl, así no hubo habitación que te durara, la gente no te aguantó y pasaste del cuarto del Paraninfo a la Villa Deportiva, después al barrio Niquitao y luego a la calle. Y ahí vino, como dices, “la parranda verraca es la del sol con la vida”.

Ya no es el Raúl que todos saludaban: es del que huían. Te encontrabas a veces con Jairo, como esa ocasión afuera de El Dorado donde le mostraste los enlatados con los que sobrevivías. Eras el gigante de casi dos metros que corrían de los bares y restaurantes del Periodista porque se tornaba agresivo, porque en situación de calle no olías a rosas ni jazmines. Te imagino con uno de tus versos: “Parece una estatua de arena / en pleno pleamar / y no se derrumba”.

Deambulas por La Playa, por el Periodista. Truecas, por dinero o comida, las ediciones de *Esplendor de la mariposa* que te envió Bibiana desde Cartagena. No te gusta la portada y la pintas con esmalte fucsia. Sobreviviste en la

calle ¿días?, ¿semanas? ¿Cuánto tiempo, Raúl? Hasta que Catalina Restrepo, una de tus ángeles clandestinas, te encontró en el Periodista vendiendo el poemario, le contó a Nirko Andrade, otro de tus protectores, quien a su vez le avisó a Juan Manuel Ponce, tu amigo que parecía tu papá, y lograron embarcarte de vuelta a Cartagena.

Raúl, ¿te puedo llamar así? Luego de ese infierno invocado que pasaste por acá en el 93, ¿quién iba a pensar que volverías? Lo hiciste, ya por última vez, en 1995. Regresaste renovado luego de un tratamiento psiquiátrico en Cuba. Gafas, pastillas y hasta dentadura nueva te dieron en la isla. Ese año era también el Festival Internacional de Poesía de Medellín, pero no te había invitado Prometeo. Te trajo la editorial Norma junto con Juan Manuel Roca y Héctor Rojas Herazo. La editorial había publicado una colección que incluía una recopilación de tu obra, *Poesías 1980-1989*, y aprovechando el Festival los trajeron a los tres para presentarla.

Te reencontraste con Joaquín Mattos, poeta, costeno y amigo tuyo de Cartagena, en el Gran Hotel, sobre Caracas con la Oriental. Ahí alojaron a los invitados del Festival. Joaquín recuerda cómo te vio salir de un ascensor y ante la sorpresa se sonrieron. Me cuenta que pasaron juntos varios de los eventos del Festival, al lado de Rojas Herazo y Rosa Isabel Barbosa.

No volviste a la calle, o eso parece, tampoco sufriste brotes psicóticos. Era el Raúl “arreglado”. Ese que quería irse a España, mejorarse. El Raúl que se delata: “He recorrido hospitales mitigando la locura / Una locura que durante

muchos años / ayudó a mi imaginación en mi poesía / pero que después se volvió amenazante / y puso en peligro mi vida / Ahora –sin ella– escribo estos versos / y no sé si he ganado o he perdido”. Estuviste del 7 al 14 de junio en la ciudad y ya no volviste.

Raúl, tu fantasma luego gravita en Cartagena, se hunde en las crisis, en las drogas, y se vuelve eso a quien le escribo. Me tomo el atrevimiento de hablarte con tus versos: ¿cuánto tiempo anduviste tirando piedrecillas al cielo para buscar donde posar el pie? Te miro en esta carta y tu fantasma irradian un claroscuro que muy pocos somos capaces de asumir. No veo una exaltación del poeta maldito: veo a un ser con dolor que lo asume en la belleza, así no sea la más tierna imagen. Veo aquel poeta con corazón de mango que escribiste:

Gracias, señor
por hacerme débil
loco
infantil
Gracias por estas cárceles
que me liberan
Por el dolor que conmigo empecé
y no cesa
Gracias por toda mi fragilidad tan
flexible
Como tu arco
Señor amor

©

*Este texto hace parte del proyecto elpoderdelacultura.co

Pacha Muskui
Tierra soñada

se pone al servicio de la tierra para devolverle la fuerza, el amor y el reconocimiento que le hemos arrebatado. Con nuestros abonos nos permitimos soñar una tierra nueva, cada vez más sana, cada vez más viva.

LONCHERA ABC
DE LAS PLANTAS

- Harina de rocas - Aporto minerales al suelo
- Sulfo cálcico - Controla los hongos
- Apiche - Aleja los insectos
- Té de humus - Aporto grasa al suelo
- Microorganismos de montaña - Somos los cocineros de las plantas
- Biol - Alimento las plantas
- Bocachi - Abono sólido fermentado



¡Una cajita feliz para tu jardín!



INFORMACIÓN Y PEDIDOS:



@pachamusku



pacha muskui



+57 323 437 42 00

Una sola sombra larga

por SANTIAGO RODAS •
Ilustración de Sara Rodas

A medida que avancé por las páginas de *La sombra de Orión*, del escritor Pablo Montoya, me subió una angustia incómoda por todo el cuerpo, algo se aglutinaba en mi estómago: un malestar creciente. Leemos con el cuerpo entero, sobre todo cuando lo que se lee está relacionado con algunas de las obsesiones que nos han acompañado por años. Conozco muchos de los personajes que aparecen en el texto, a los raperos, a las doñas, a los grafiteros; he recorrido las calles que se describen, he estado varias veces en La Escombrera, conozco el detalle de las investigaciones que allí se realizaron. Digamos que entiendo bastante bien los hechos de la Operación Orión.

Pero en *La sombra de Orión*, si bien no tenía muchas expectativas, leí una novela que me sorprendió por las decisiones erradas, una tras otra, dentro del engranaje que se propuso. Decisiones estéticas, y en consecuencia políticas, cuyas reflexiones y rodeos sobre la violencia y la literatura, y construcciones lúdicas y didácticas, hicieron que el texto se fuera deshinchando hasta quedar como un manojo de palabras puestas en un orden sin mucho sentido. Una sombra que se desvaneció hasta hacerse transparente. Una novela escrita con distancia temerosa que no sale bien librada y, contrario a ser un “dispositivo de memoria” como el autor lo denuncia, se queda en las buenas intenciones.

Con este texto intentaré poner en orden mi malestar como lector. Responder por qué tanto el tono elegido por los narradores, sus paisajes íntimos y las descripciones de los lugares en los que ocurren los hechos, como las decisiones políticas que repercuten en la trama son desafortunados desde el punto de vista narrativo. Las buenas intenciones de contar el dolor de la herida abierta por la Operación Orión tan solo logran demostrar el exotismo y la lejanía con la que alguien mira “desde afuera” y agarra con guantes la violencia urbana de los últimos años.

Montoya empieza el texto con el proceso de llegada de Pedro Cadavid a Medellín después de una larga estadía en París. Se topa con una ciudad ruidosa en la que un nuevo partido político, que aparentemente traerá un cambio, está a punto de ganar las elecciones. Con un tono de castellano neutro, solemne y correcto, que pretende ser universal pero tan solo llega a ser una lengua desahogada y alambicada, el narrador nos presenta a su familia, a sus novias profesoras, a sí mismo y sus ideas políticas de una cierta izquierda encosetada. De este modo va armando el escenario en

el que Pedro Cadavid logra acceder, después de varios rodeos políticos, familiares y románticos, a La Comuna, como se nombra la Comuna 13 en la novela. El autor dice en una reciente columna de opinión que su libro es: “Una novela sobre la desaparición forzada y el modelo narcoparamilitar que se ha instalado en Medellín, y en la que cuestiono a la sociedad de esta ciudad por su indolencia cómplice frente a estos flagelos que la roen desde hace años”. Y efectivamente de esto va la novela: violencia urbana, un Estado fantasma que acecha, aparece y desaparece según convenga, el conflicto armado entre guerrillas, paramilitares, militares y civiles, esto anudado a la historia de conformación y poblamiento de medio siglo de la Comuna 13 hasta llegar a la sucesión de operaciones militares de las últimas décadas para “sacar a la guerrilla” del territorio. Sin embargo, la filigrana narrativa, la “mirada” del narrador, y las decisiones que toman los personajes distan bastante de lo que Montoya se propone. Muchos propósitos y poca literatura.

Hay una escena del capítulo 10 en la que vale la pena detenerse. Allí se puede leer el mejor ejemplo de la mirada y el tono que seguirán en el relato. En ella Pedro Cadavid mira la Universidad de Antioquia no como un profesor sino como un excursionista ingenuo, un niño extraviado entrando por primera vez en el lugar:

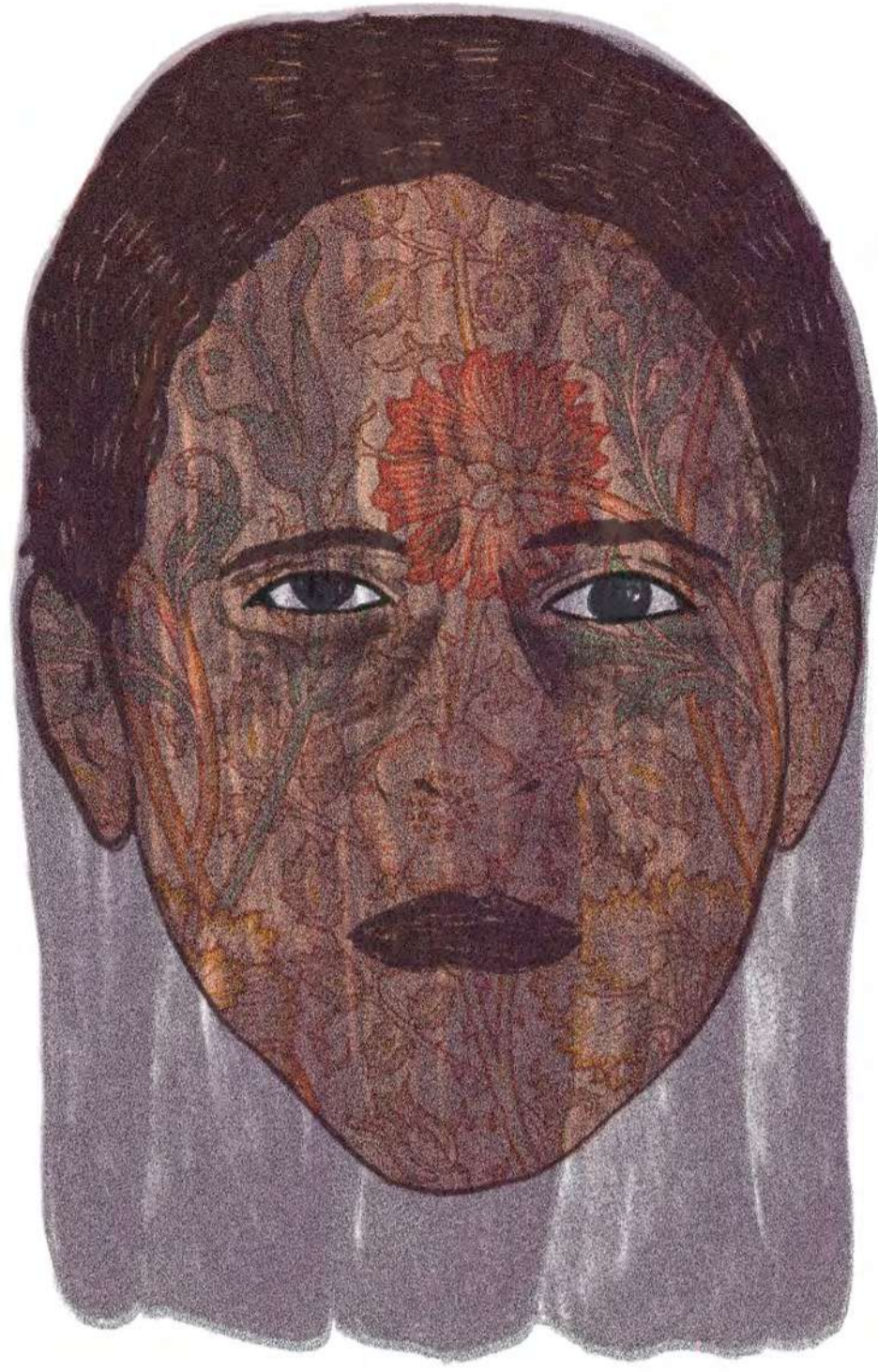
“Eduardo le señalaba a su colega la exuberante vegetación.
—Mira, Pedro, quieren asaltar los espacios académicos —decía.

Eran árboles gruesos de mango, ceibas majestuosas, laureles altísimos, balazos, anturios, diefembaquias de hojas verdes y brillantes. Nanclares le aconsejaba observar también a los estudiantes, zarandeados por el ímpetu de sus hormonas.

—La lujuria es invencible es estos trópicos, Pedro. Hay ansia de copulación por todas partes. Es una maravilla para los sentidos, pero una trampa para el intelecto (...).

(...) Cadavid sonreía viendo a las chicas con sus camisas y sus pantalones apretados. Los ombligos asomados como ojos coquetos. Los escotes dejando ver parte de los senos. Se sentaban en los pasillos, o se agachaban para tomar cualquier cosa, y la raya de las nalgas aparecía como una epifanía”.

Lo que habita en la universidad es una cópula de todo con todo: las estudiantes de clase baja, voluptuosas, irracionales, de pantalones descaderados, con los estudiantes hombres que no merecen para el autor ninguna descripción; las iguanas, los insectos, las plantas. Una



orgía salvaje, incontenible y académica. La Universidad de Antioquia vista por los ojos de un cronista de Indias, analizando las naturalezas de las selvas vírgenes y los cuerpos salvajes de mujeres de tierras ardientes como una especie de Humboldt recién desempacado en América. Aquí, en este capítulo, se instalará el afrecho de la mirada. Con este mismo ojo es con el que luego se intentará ver lo que sucede en La Comuna. Y, al igual que se describirán las ceibas majestuosas, la raya del culo como una epifanía y la cópula incesante entre estudiantes, se hablará de los raperos con ropajes anchos que parecen una “tribu indígena” por sus misteriosas vestimentas, sus aretes enormes y sus maneras extrañas de bailar un ininteligible *break dance*, igual que las “casitas” de barrio amontonadas una sobre otra, construidas con esfuerzo, dedicación, ternura e ingenuidad, y describirá a quienes viven allí como los “espectadores asustados” de tiroteos entre bandas delincuenciales que observan “perplejos” (usa todo el tiempo este tipo de adjetivos) los continuos enfrentamientos. Parece que, después del luminoso París, la novedad de la tierra antioqueña encandiló al escritor y no le permitió ver más allá de una lectura farragosa que sobrevuela los hechos y los personajes que son, sobre todo, marionetas para que avance la trama, para que Pedro Cadavid pueda moverse con su intelecto por los lugares de conflicto.

Quizá la elección del lenguaje y del narrador contribuya a provocar en el lector la idea de que le nombran algo visto por vez primera, que necesita ser contado de manera lúdica y pedagógica. Esa estrategia hace que el relato pierda

fuerza y se convierta en una construcción remota, hecha con un lenguaje al borde de lo turístico, que no se ensucia con la sintaxis de los habitantes del lugar ni de la época, sino que busca moldear el paisaje y los personajes a los parámetros lingüísticos y culturales del escritor: los de la ciudad letrada.

La mirada siempre lasciva de quien relata es otro de los ingredientes que está en primer plano en las más de cuatrocientas páginas de la novela. Los personajes femeninos tan solo sirven para conducir al narrador a los lugares a los que necesita llegar para que la trama continúe. De modo que las mujeres de esta novela no son personajes sino instrumentos, siempre eróticos, siempre sometidos al intelecto del protagonista, siempre ayudantes para el “fin mayor” cuyos devenires se resuelven en que el personaje principal recorra y piense “críticamente” lo que pasa (sobre todo lo que le pasa a Pedro Cadavid, porque esta es una novela en la que el problema de las desapariciones forzadas y la violencia desembocan en un insomnio y una migraña que aquejan al protagonista. Es decir, la herida que le ha causado el uribismo por medio de las operaciones militares a la sociedad antioqueña solo parece importarle al cuerpo del sensible y atormentado escritor, pero esto lo dejará para el final).

Así, es precisamente la novia de Pedro Cadavid, Alma, el principal personaje femenino, quien le abre las puertas de La Comuna. Alma es una *hippie* sobrenatural que, por “ser mujer”, entiende lo que a los demás personajes, incluyendo al narrador, se les escapa. Ella es sexi sin saberlo, misteriosa, su cuerpo

agradable, moreno, popular y es obviamente mucho más joven que él. Ella será la encargada de llevarlo por primera vez a La Comuna, de mostrarle los barrios y La Escombrera, incluso, dirá Pedro Cadavid, sin ninguna ironía, que le gusta Alma, sobre todo, porque es de La Comuna. Así se van pasando las páginas, una tras otra, con descripciones insulsas de la vida atormentada y cotidiana de Pedro Cadavid, a contrapelo de relatos de las diferentes operaciones militares, los enfrentamientos, los desplazamientos y la disputa de los espacios estratégicos entre las bandas. Y Alma, en medio del remolino de balas sacando del atolladero narrativo al protagonista, que como se queda muy rápido sin qué más decir sobre sí mismo, decide escribir una novela dentro de la novela. Sí, se nos cuenta que el personaje principal está escribiendo una novela con sus reflexiones dentro de sus otras reflexiones y en ella va a describir, bajo capas y capas de adjetivos, lo que *realmente* quiere decir sobre la operación Orión.

Sin embargo, lo que me causó más desencanto fue el final del libro. Después de bracer para poder terminar la novela con mucho esfuerzo, descubrí, perplejo, que el “pachamamismo”, una especie de búsqueda mágica y original de nuestras “raíces” que inunda el pensamiento urbanita occidental a manera de *New age* y que, al parecer sedujo también al ganador del Rómulo Gallegos, es la salvación al problema endémico de los cuerpos que no le importan al Estado, de los cuerpos de los que hay que deshacerse a toda costa.

La novela termina con que al escritor Pedro Cadavid le dan migrañas, se le aparecen fantasmas de los desaparecidos en La Escombrera como si fuera un elegido secreto, un embudo del dolor y, después de su investigación exhaustiva entre los archivos, las entrevistas, no puede dormir por semanas. Todo esto lo obliga a intentar diferentes métodos para sanarse. Primero con unos baños en aguas termales con los que no consigue apaciguar el dolor, y luego la brillante y enigmática Alma, su joven novia popular, le recomienda una toma de yagé: la cura definitiva para los problemas con los fantasmas y las secuelas traumáticas.

La sombra de Orión se desbarranca con una toma de la raíz mágica en Santa Elena. Cabe aclarar que no creo que la literatura deba mostrar el camino de la salvación sobre nuestros conflictos recientes en la ciudad, no debe ser un faro moral, pero sí considero que intentar escribir una novela en la que se denuncia el ciclo de hechos atroces y violentos implica tener una responsabilidad política y una sensibilidad narrativa que el

mismo autor ha señalado como su intención en distintas entrevistas y textos periodísticos. Un pasaje largo de la novela relata en primera persona los acontecimientos terribles por los que atravesaron muchas de las víctimas, sus historias personales de lo que les pasó en esa comuna, pero estos acontecimientos están arreglados y no desembocan en la transformación de algún personaje, de una idea; son una especie de “vitrina de voces” que no alcanza a percutir ningún otro lugar de la novela: las voces de Pedro Cadavid y de Pablo Montoya son mucho más importantes para lo que ocurrirá al final.

Que la resolución del relato sea una toma de yagé me parece, cuando menos, contradictoria, pues el alcance que se pretendía, según el propio autor, era volcar la mirada pública sobre la violencia en la Comuna 13 que desde muchos lugares se quiere borrar. Las decisiones en el último tramo de la novela individualizan los problemas y los sufrimientos en vez de hacer una lectura sobre los hechos y las víctimas y la tierra y las secuelas y las heridas todavía abiertas. Montoya, en la voz de Pedro Cadavid, decide mirarse a sí mismo y su conflicto interno. Resulta más importante la lectura aguda y profiláctica de los acontecimientos y los fantasmas desde su propio lugar de escritura, que lo que podría construirse con los elementos que se tejen en medio de todo lo que ocurrió en la Orión hace casi dos décadas.

El dolor causado por una operación militar en la que se amangualaron el gobierno y los grupos paramilitares en el barrio más densamente militarizado de Latinoamérica se resuelve dándole la espalda al problema y concentrándose en el propio dolor de cabeza, en la angustia de un espectador de segunda mano. Claro, hablamos de ficción, pero la ficción devela el entramado y los intereses políticos de quien escribe. En este caso es un gran despropósito “pachamamizar” el sufrimiento de los otros y volcarlo a la fuerza, a las dolencias propias de quien, de manera académica y con guantes, se acerca al núcleo del dolor más grande de la ciudad.

Sin saberlo, Pablo Montoya se pone en los zapatos de Pedro Cadavid, quien, contrario a iluminar los hechos complejos del relato, oscurece las historias de quienes padecieron los helicópteros zumbando sobre sus cabezas, los enfrentamientos armados, las desapariciones forzadas y los desplazamientos, porque lo importante para el texto, en definitiva, es el dolor individual de un escritor que solo parece tener sensibilidad para sus propios fantasmas: una sola sombra larga. ©



¡Lo dejan oliendo a cigarrillo!

Anoche, cuando después de muchos meses Leonel Rave se reunió con su tía Leticia Palacio, la pareja de parientes se dio un sentido y prolongado abrazo que dejó a Rave impregnado de olor a cigarrillo. “Me di cuenta fue en la casa, toda la ropa estaba pasada”, declaró el hombre.

Según Leonel, de oficio ebanista, al principio no identificó con claridad el origen del olor. “Me quité la chaqueta y estaba inmundada; primero pensé, eh, pero esto dónde fue, ¿en el metro, en la calle...? Cuando olí la camisa fue que caí en cuenta: ¡la tía!”, contó perplejo todavía.

El afectado contó que doña Leticia fuma desde que era una niña y que “no ha habido poder humano” que la haga dejar el vicio. “Primero que porque cogía café y después que porque le hace mucha falta”, le dijo a este medio Gloria Palacio, hermana de la mujer.

Consultada sobre el hecho, Leticia, de 70 años, respondió: “Ese Leo sí es exagerado, si yo ni siquiera fumé ese día porque andaba sin plata. ¿Pero él les contó que estuvo bailando amacizado con la prima de Envidado? Ella dice que dejó el cigarrillo, pero qué va, lo dejó pa ella”.

¡Corrige orientación de papel higiénico en casa ajena!


Ayer, sin pensarlo dos veces, la profesora Dora Sepúlveda confesó en casa de sus anfitriones que había cambiado la posición del papel higiénico en el baño. “No resistí el impulso, es que cuando lo veo contra la pared me da como una agonía”, explicó la docente de 36 años.


En medio de la visita, en la que departían varias personas del gremio, Sepúlveda informó que no se trata de un capricho: “Ya se comprobó científicamente que el rollo debe quedar con las hojas colgando por encima; por practicidad y también por higiene”, indicó.


Lorena Gómez, la dueña de casa, dijo no interesarse por ese detalle. “Lo pongo como quede”, fueron sus palabras. Mientras que su invitada relató que el cambio del producto lo hizo justo antes de usarlo. “Soy incapaz, mentalmente, de cogerlo cuando está al revés”, puntualizó.

Otro de los presentes, cuyo nombre no trascendió, le dijo a este medio que ese tipo de actitudes “revelan una personalidad dominante, hasta en las casas ajenas quieren imponer su gusto”, aunque reconoció que en la suya el papel cuelga “como debe ser, hacia el exterior”, concluyó.

#ClasificadosAPin

 ¿Cree que hace bien su trabajo? ¿Está seguro de que es un buen esposo, hijo, padre? ¿Está orgullosa de la mujer que es? Bájese de la nube. Natalia Valencia analiza su vida y le dice unas cuantas verdades. Incluye consejos para ser mejor.

 Gustavo Bedoya se ofrece para comerle cuento a gente hipocondríaca. Acompañamiento a exámenes médicos, especulaciones sobre las posibles enfermedades, búsquedas en Google sobre síntomas, tratamientos y expectativas de vida. Incluye malos presagios.

 No sufra más en esos encuentros familiares en los que nadie espera de usted una mala palabra. Silvia Yepes lo pincha cada vez que haya conato de expresiones tipo gonorrea, la chimba, hijueputa y en general toda palabra de grueso calibre estipulada en el contrato.

Encuéntrenos en redes sociales como Agencia Pinocho.



Fabio Esteban Paz
Vago trotador
Acción y vídeo documental
00:06:35
2021

Fotografía de Juan Fernando Ospina



Yo es otro

por EDUARDO ESCOBAR

• Ilustración de Puño

No están mal para titular estas reminiscencias, cosas ya agriadas, esas tres palabras enigmáticas del poeta Rimbaud que dieron pábulo a tantas interpretaciones esotéricas, psicoanalíticas y semánticas o meramente ociosas. Al fin de cuentas Rimbaud fue el poeta que alimentó los tiempos de mi juventud nadafsta con sus vitriolos. Cuando algunos ingenuos pensaban que mi plumífera precocidad, el tumor recalcitrante en mi corva y mi cara de santo me emparentaban con el hijo de doña Vitalie, nacido en la calle Napoleón, en Charleville, Francia. Y muerto mientras luchaba con el imposible de aprender a volar con unas muletas de palo. Las de su tiempo.

Pero vamos a lo que vinimos. Sucedió hace años. Por encargo de una revista para caballeros, de esas que, parodiando al romántico ginebrino se leen con una sola mano, debí ensayarme en un ejercicio de lo que llaman periodismo de inmersión. Y me sometí a una terapia de rejuvenecimiento profundo con todos los recursos de la cosmética moderna: el *thermage*, la radiofrecuencia del futuro y la afamada toxina botulínica, completadas con la inoculación, por medio de agujas minúsculas como el aguijón de la avispa, del milagroso ácido hialurónico, entonces una rareza, un lujo que ahora se promociona en la televisión junto a las jaleas para el desayuno de los atletas y los antiácidos para las personas demasiado ocupadas, pero al cual en ese entonces solo podían acceder las señoras millonarias en recursos contra la molestia de las primeras arrugas. Señoras con la dicha de tener un matrimonio feliz, regido por el mantra yoga, que definió una pasada de cínica para un amigo mío, como un arreglo por el cual el man trabaja y yo gasto. La mística sacramental del materialismo burgués.

El tratamiento incluía mascarillas de vitaminas y colágenos aplicados con gasas calientes y mullidas toallas perfumadas y la deliciosa terapia con células extraídas de los testículos de una

incierta raza de corderos suizos vía intramuscular. Y además, las inyecciones de minerales, microelementos los llaman, aplicados por vía endovenosa, por el sistema de goteo sutil para aumentar la efectividad, para que el metabolismo los paladeara y los asimilara mejor. Así me explicaron. Y sobre todo, fui premiado con el cariño de oro de un grupo de jóvenes enfermeras que hacían el papel de tónicos, ni más ni menos, con los mimos de sus manos liliáceas y frescas, sus irisadas pestañas envolventes y los efluvios veinteañeros de hadas de sus entretelas. Como se sabe, la atracción entre los seres humanos no se da si a lo ofrecido a la mirada no se junta un olor compatible. Suele decirse que el amor entra por los ojos, pero no es verdad del todo. También es estimulado por el sentido del olfato. Y mucho mejor, cuando a los dos ingredientes de la belleza y el aroma unimos la música de una voz bien timbrada que no hiera las vellosidades hipersensibles de la cóclea. Todas hablaban con gorjeos edénicos, discurrían con resonancias de flautas de plata, con la dulzura superlativa de las mujeres cuya vocación es hacer la felicidad de sus prójimos lícitamente. Ay, mis palomas.

Recuerdo que muchas cosas se resistían dentro de mí mientras decidía si me iba a someter al tratamiento milagroso que me convertiría en otro. Mi desdén por el esfuerzo y mi inhabilidad para la constancia, en primer lugar, y en segundo lugar el prejuicio machista que afirma que el hombre como el oso mientras más feo más hermoso, me hacían dudar si aceptaba o no el encargo de la revista de muchachas en traje de Eva: pero las explicaciones del director de la clínica me convencieron de que valía la pena someterme a las finas agujas de sus jeringas taumatúrgicas y a las máquinas de masajes para reavivar la circulación y airear el sistema conjuntivo, y devolverle a la piel el fulgor perdido y la elasticidad a las articulaciones que comenzaban a oxidarse a juzgar por los crujidos de las rodillas y los codos y las vértebras del cuello que los encargados de hacerme el diagnóstico preliminar torcieron, golpearon y oyeron quejarse con sus fonendoscopios electrónicos de última generación.

No es fácil renunciar al que somos; uno se va a acostumbrando a su cara de tanto llevarla puesta. Aunque no sea la mejor, uno termina por cogerle cariño como a sus zapatos viejos, para decirlo a la cartagenera. Y a mí me gustaba la mía como había llegado a ser, qué carajo, con sus surcos que me parecía que la ennoblecían, con las manchas del existir con el acelerador hasta el fondo, con las improntas del uso de los días hiperactivos y el abuso de las noches bohemias que quise agotar mientras crecía. El color que los climas le habían impuesto a mi rostro al cabo de mis aventuras marineras en los dos mares americanos, de mis excursiones a los cinco grandes ríos del sur del país en busca de la sabiduría primitiva y de pasear por los encumbrados páramos que baten los cuchillos del viento de la patria, para expresarlo con el irracionalismo del lugar común, y bobo, con el espíritu nacional que según algunos pensadores no es más que el recurso de los canallas para justificar sus desmanes y ejercer sus prejuicios.

Los climas van macerando la piel y la carne, las huellas de la frente expresan lo sufrido y lo cavilado, y uno se va haciendo a sus vestigios, al desgaste natural de la carcaza física y a las huellas del tiempo de los relojes en la dermis y la epidermis. Desde el Renacimiento y después, a través de los despelucados y patéticos profetas del Romanticismo, los seres humanos hemos aprendido a encontrar una incierta belleza en las ruinas, en las antigüedades con sus venecimientos, sus grietas y los verdines del orín que deja el paso del rumor de los

almanaques sobre las pobres materias efímeras. Spengler en su libro admirable sobre la decadencia de occidente hace un análisis lleno de poesía y verdad de esta inclinación por los óxidos y las mutilaciones que llena los museos de cosas rotas y diosas sin brazos ni narices y floreros con las asas torcidas y pedazos de cráteras inutilizables y monedas con la cara y el sello desgastados.

Cada vez más con mayor contundencia, a medida que envejecía, a veces venía a mirarme mi padre cuando me asomaba al espejo por las mañanas para afeitarme, para limpiar la armadura de los dientes que me quedaban y para ordenar la cabeza abundante en ideas y en excrecencias queratinosas por igual. Las mismas cejas cenicientas de resignado, crespas como las nubes de tormenta que le gustaba estirar antes de soltar los aguaceros de los improperios que a veces nos imponía su severidad por resabio sadomasoquista de la educación católica que recibió. El mismo aspecto general de mi padre envuelto en mi propia toalla a veces venía a mí por el camino del espejo de mi baño. Y se quedaba escuchándome con la misma mirada llena de la melancolía del orgullo herido. Mi padre fue un hombre pobre pero amaba los amueblamientos principescos: los escaparates aparatosos con lunas en las tapas, los armarios de comino y los exhibidores de sándalo, las poltronas que se lo tragaban a uno con un suspiro de caridad, las casas estupidas de patios sucesivos tapizadas con alfombras de Persia y con repisas labradas por los formones de sabios ebanistas en las paredes, atestadas de bestias de marfil con las fauces abiertas y de bustos de mármol de imposibles afroditas, beatrices y lauras y de césares coronados de laureles y robles. Era un impugnador de la austeridad que le tocó, mi padre, un rebelde contra su suerte asalariada. Era capaz de endeudarse hasta el cogote para comprar un reloj de péndulo del año del primer destierro de Napoleón, un jarrón de porcelana con dragones grabados al fuego de los tiempos de Huang Ti, llamado el emperador amarillo que a él le parecía bellísimo, o un juego de te con sus pocillos, sus platos y sus teteras que nunca usábamos, porque eran para las contemplaciones sabatinas de mi padre, que veía cómo se llenaban sus tesoros de polvo, comprados al fiado, en una vitrina de puertas chirriantes con cerraduras de plata, y la llave sostenida con un cordón de raso con nudos entreverados con hilos de falso oro o de oricalco. Pero, qué es el oricalco. Que alguien me explique.

A propósito, recuerdo cuánto le costó envejecer a mi padre entre sus trebojos ulcerados. Dicen que fue hermoso, era fama que las mujeres de Medellín y alrededores se derretían por él. Aunque a mí se me figura por las fotografías de juventud que de él me quedan, y con todo respeto, que era muy semejante a los insulsos actores del cine de su tiempo, demasiado ingenuos comenzando por los labios abultados y acabando por el peinado sin una hebra fuera de lugar, sin un rizo escapado de la línea de la carrera dictada por los peines de carey de aquellas calendas de antes del plástico, del plástico ahora tan desprestigiado que vino a salvar a las tortugas del interés de los fabricantes de peines, peinetas y cepillos para las uñas de las muchachas casaderas.

No me molestaba llevar en mí a mi padre a pesar del anacronismo que representaba. Lo aceptaba como un destino irremediable. Y como una prueba de la integridad que hacía honor a mi santa mamá, expresión suprema de la madre judeocatólica, fiel a su casa y a su insufrible marido y que no andaba revolviendo los ojos por las calles según el salomónico mandato. Y de quien a pesar de su integridad no me gustaba el rictus de mártir que también me fue tras pasado en alguna medida en el coito

memorable de donde fui derivado principiando el año del Señor de 1943. Aquel gesto de decepción perpetua de mi madre jamás me gustó en mí, ni el rictus de inconformidad de su familia tan dada a la sumisión teológica, al hágase lo que quieran mi Dios y su Bendita Madre. Y creo que me alegró la posibilidad de que el ácido hialurónico borrara esas líneas suyas de mi expresión, según la promesa de los prospectos de la clínica corroborados por el doctor y propietario del establecimiento.

He vivido. Forcé este cuerpo, magro y todo, a los excesos desde la adolescencia calavera. No me negué los placeres ni las penas que también se gozan a la postre cuando se reviven. Disfruté y padecí como mejor pude, hasta el envilecimiento, según dijo un amigo, en mis gateos hacia la perfección. Pero en fin, al fin decidí llevar mi cara vieja al consultorio para cambiarla por otra, por curiosidad de ver el resultado y porque necesitaba más allá de hasta cierto punto, la plata que me pagaban por someterme a la trasmutación de mí mismo en un tratamiento que costaba una millonada.

Otras razones me inclinaron a aceptar la aventura estética, y existencial,

y me sometí al activex, esos rayos láser de CO2 que patentó Lee Pannel contra la flacidez y las estrías de las fatigas de la carne. Coaligado con un cirujano capaz de oponerse a las leyes de la gravedad en los tejidos, valido de las últimas técnicas dermatológicas, me dispuse a rejuvenecer, a florecer, a devolver la mula del tiempo. Había algo divertido en la experiencia. Y sentí que era como si me pagaran por jugar a la alienación. O alineación, como usted quiera.

Tantos bailes y tantas filosofías habían hecho estragos en mi aspecto general. A causa de las dichas de la vida alegre, había un par de manchas simétricas en la base de mi nariz que podían convertirse en malignas con un poco de mala suerte, me dijo el cirujano. Y había una peca de mal pronóstico en la sien que valía la pena extirpar antes de que me diera una sorpresa pánica.

Había más razones, que más vale consignar para evitar la hipocresía

connatural a todos los prosistas, para que yo quisiera cambiar por otra la faz que me dieron en la repartición de las faces. Odié desde la infancia la erosión celular, ese rescoldo de las células muertas que se van acumulando los intersticios de la piel, el aserrín del trabajo de los hijos de Cronos que se parece tanto a la ceniza y se asienta en nosotros por más resistencia que ofrezcamos y por más que soplemos y trabajemos con el estropajo bajo la ducha, con ira santa. Desde la infancia me causaban aversión las viejas de la parentela, que eran tantas además en una familia de longevos. Me disgustaban los besos desdentados de mi húmeda bisabuela paterna, los acecidos perpetuos de su hija con tormentos cardíacos, la madre de mi padre, y las várices ponzoñosas de mis tías de las dos ramas me causaban un indefinible sentimiento entre el estupor y el malestar y la

lástima y si podía retrasarlas se justificaban las siete citas consecutivas al consultorio del doctor que si bien recuerdo llevaba el apellido de un accidente geográfico.

El marchitamiento es intolerable. En eso no puede existir la riqueza que proclaman los que consideran la decrepitud un bien y afirman que son felices mientras se acaban y se acercan a la fecha de vencimiento y que envejecer no es deteriorarse, que la senectud está llena de ventajas, como la maldita experiencia que a la postre no sirve para nada como todo el mundo sabe. La falsía les impide confesar la realidad. Envejecer es asistir a una catástrofe en carne propia. Eso no tiene mucha gracia, para eso no se necesita talento. Ni nos concede algún valor. Ver cómo nos vamos inclinando sobre la horizontal como si buscáramos un agujero donde meternos al final. Cuando las cosas se pongan amargas.

Me gustó mucho al fin la aventura de convertirme en otro en manos de un montón de mujeres angelicales, como si viviera en un jardín de Alá, rodeado de huries, bajo la dirección del colegio de médicos del establecimiento hospitalario. Me agrada acogerme a las bendiciones de las mujeres. Sentirme bendito entre las mujeres es para mí lo más parecido a la felicidad. Y



las enfermeras de la clínica eran todas tan bellas, tan bellas, con sus rostros blanquitos y sus cabelleras de brillos celestes y apeteckes aunque inalcanzables, pues un enfermero más bien indiferente que hosco me ataba a los arneses de una camilla cubierta con una sábana impecable antes de dejarme en sus manos, antes de que ellas se me acercaran con sus instrumentales y sus pomadas y sus cremas y sus delantales recién lavados con jabones detergentes y enjuagues suavizantes y sus manos de cinco pétalos, gorjeando todas al mismo tiempo.

Somos un animal estrambótico. En la lucha contra los antipicos de la incomprendible muerte nos hicimos artificiosos. Y hallamos la manera de levantar las cejas desanimadas, de devolver la tensión del interés a los párpados decaídos por la fuerza de las costumbres, y de alegrar el pesimismo de unas comisuras que nos hacen parecer como unos que viven una vida entre paréntesis.

No existe trivialidad en la busca de la belleza corporal. Es nuestro derecho legítimo y satánico. Aunque sepamos bien desde los años de Sócrates y Platón que la mejor belleza es la que irradia la armonía interior y que no basta la lozanía si faltan la inteligencia, el espíritu, la irradiación de un alma, la potencia interior. Una persona por bella que sea, sin ese resplandor de la interioridad acabará por aburrir siempre. Hay mujeres que nos hechizan a la primera mirada. Pero nos espantan a la primera palabra que pronuncian por boquitas que hagan y mohines que finjan.

Después de la convalencia en la oscuridad del caracol como prescribía el tratamiento, después de lijarme la piel caducada, y el tejido epitelial de

las células viejas enquistadas, con un vibrador láser ayudado con un lavado de un ácido muy semejante en el efecto al de las baterías de los automóviles en una lata, me sorprendió no hallar a mi padre en el espejo sino a un extraño que incluso saludé una mañana por distracción pensando que era un hermano menor que me faltaba por conocer. Una vez creí, mientras me peinaba, que estaba acicalando un hijo que me faltaba por llevar a la notaría y experimenté un vago sentimiento de repugnancia. Pero pronto aprendí a identificarme con el que entonces era por obra y milagros de la medicina. Aunque reconozco que desaparecidos el gesto de mi madre en las comisuras de la boca, que detestaba, y el aire triston de los pómulos de mi progenitor, me sentí desprotegido, reducido a una singularidad nueva que debía sobrellevar y con la que tendría que empezar a entenderme partiendo de cero como aquella primera vez cuando me reconocí en un espejo francés de mi padre mientras gateaba hacia ninguna parte por una vieja casa envigadaña. Pero todo pasa. Cómo no.

La carne tiene su propia memoria. El cuerpo es reflejo de la intimidad. Recuerdo ahora a una amiga que tenía la misma nariz deplorable de su mamá, del tamaño y la forma de una berenjena. Se mandó operar el apéndice odioso. Y tres años más tarde la torre delicadísima que le había inventado un cirujano plástico, siguiendo las instrucciones de *El Cantar de los Cantares*, volvió a su forma aberrenjenada que revelaba su esencia secreta. Es inevitable: la carne recupera sus derechos contra todas las artimañas de bisturí y los juegos de jeringas y las exfoliaciones de

los expertos con sus ultrasonidos. Y yo poco a poco acabé vencido por el poder avasallador del tiempo que no perdona y volvió a conformarme con el ser que la naturaleza quiso que fuera de acuerdo con mis costumbres inapropiadas y mis pensamientos viscosos de siempre.

Mis padres han vuelto a ocupar su lugar en mi cara, de regreso de muy lejos, desde las crónicas genéticas, después del interregno. Confieso que disfruté con la renovación y con la sorpresa de mis amigos que dudaban en saludarme haciendo el papel de otro, remodelado, incapaces de reconocer el irresponsable que había sido en la juventud, aunque estaba en la que llaman estación otoñal. Y al fin me olvidé de lo que me había pasado, de lo que habían hecho conmigo y me habitué al nuevo yo y luego, que es a lo que vamos, ese mismo nuevo yo desapareció alguna mañana sin el gaseo frente al primer espejo.

Cuando me sometí al fabuloso tratamiento tenía cincuenta años. Ahora mientras escribo este cuento que cuento, cuento, y veo que han pasado casi treinta años. Treinta y cinco tal vez porque comienza a flaquearme la memoria. Y el que inventaron las hadas del doctor Rada en Bogotá, a veces me pide una nueva reforma. Y añoro los cocteles células de cordero suizo y los metales intravenosos de Adriana Munar, las veladas de masajes en los sillones nerviosos cuyos motorcitos tanto disfruté mientras pasaba en el enorme televisor de la clínica el concierto Emperador de Beethoven dirigido por Daniel Barenboim al mando de una orquesta de judíos octogenarios que envejecían mientras soplaban y rascaban sus instrumentos, y que ya deben estar

muertos, y yo, el muy iluso, creyendo que me pasaba de listo, dejaba que corrigieran la cara que tuve con otra que se me parecía de lejos y donde la cirugía plástica moderna me haría el bien de borrar el rezago de este maldito aire de familia. Pero con qué plata reeditaría ahora el antiguo texto corregido de esta cara que tengo..., y menos ahora cuando la revista ya no existe. Dejemos, entonces, resignadamente, que la figura de mi padre siga suplantándose en el espejo cuando quiera. Y las arrugas de la línea materna que me hacen parecer como si fuera apenas una oración subordinada a la idea borrosa que tengo de mí mismo. Nada que hacer. En dos o tres semanas cumpliré años. Y me acercaré una rueda más al horizonte de la octava década. Las manchas del rostro regresaron como las golondrinas a aposentarse en los nidos que más les gustaban. Y aparecieron algunas nuevas en la espalda y en el codo de empinar, que cada vez se empuja con menos entusiasmo. Y las articulaciones reanudaron el sonsonete de su música concreta de calcios mellados. Y hago cada día unas siestas más largas a modo de ensayo para la siesta eterna que a todos nos tienen prometida.

Ay, lo que más duele, es que la belleza de las muchachas hoy se asocie en mi corazón cojitrancero, inevitablemente, con las uvas de la famosa fábula de la zorra de Esopo, que ustedes deben recordar mejor que yo. O era la zorra de Uriarte. O la zorra de La Fontaine. Vaya usted a saber. Pero como dijo alguno, el filósofo ni ríe ni llora, sino que comprende. Y cuando no comprende, se adapta a su perplejidad, nada más. Nada menos. ☺

#MÁS EMPRESARIOS QUE NUNCA

Algunos indicadores de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia en 2021:

- \$ 5.650 millones

ejecutados de los recursos de cooperantes en alianzas público - privadas. La Cámara tiene 283 aliados público-privadas.

139.172 servicios prestados

a empresarios y otros grupos de interés; 71% a empresas micro.

- 820.876 trámites

registrales atendidos; 80% de manera virtual.

La Cámara cuenta con un portafolio de 70 servicios. Toda la información en camaramedellin.com

Sueños de café y de teatro



Julián nació en la misma montaña que Simón el Mago, Santo Domingo, nordeste antioqueño. Desde pequeño se apasionó por el teatro, por las historias, por lo imaginario. Obviamente, sus inicios fueron en los grupos de teatro del pueblo y, particularmente, en el que dirigía su tía Beatriz Bustamante, y que se llamaba, ¡oh sorpresa!, Tomás Carrasquilla.

En ningún momento se le pasó por la cabeza que su vida iba a estar ligada al café. Ni lo sembraba ni lo tomaba. Solo pensaba en el

teatro, día y noche, y en los personajes de Carrasquilla que eventualmente representaba.

A los quince años comenzó a hacer planes para el futuro. El pueblo ya no le podía ofrecer mucho más y, aunque su deseo era seguir ligado a las tablas, quería hacerlo en otro lugar, pero no sabía dónde.

Gracias a que dos de sus hermanos ya habitaban la gran ciudad y estudiaban en la Universidad de Antioquia, se dio cuenta de que allí podía estudiar teatro, y aferrado a esa ilusión bajó de su montaña. Tenía dieciséis años

cuando compareció ante el ágora de la *alma mater* y se inscribió en la Facultad de Artes.

Los obstáculos económicos propiciaron que se aliara con su hermano, quien estudiaba sociología, para compartir gastos y lechos durante varios meses. Fueron de inquilinato en inquilinato, durmiendo en ratoneras sin puertas ni ventanas.

La gran ciudad también lo surtió de epifanías, pues nunca se había imaginado la inmensidad del mundo del teatro y su alcance en la cultura de la capital antioqueña. Había muchos grupos, magistrales todos, y el joven dominicano (feo gentilicio) se nutrió de cada uno de ellos.

Tras superar los cursos de Maribel Ciudad y otros maestros de la universidad, Julián se hizo experto en expresión corporal y en expresión oral. Al poco tiempo se unió al grupo Fractal y con ellos, de la mano del maestro Carlos Santa (ya fallecido), llevó a las tablas algunas obras de Carrasquilla.

Luego de algunos meses de tumultuosos pensamientos en los que no sabía si seguir estudiando o dedicarse por entero al teatro, Julián decidió graduarse.

Hizo una tesis a la que llamó "La escena onírica, la creación de la obra poética a partir de la neurociencia de los sueños lúcidos y los arquetipos", basada en los libros de Jung y La-verde, con la que obtuvo un título con honores.

"Escena onírica..." se convirtió en su marca y su primera obra fue *Sombras de la psique*, en la cual habla de la violencia en su municipio, de las arremetidas paramilitares y los feminicidios.

Un amigo, Santiago Franco, fue el puente que lo llevó de vuelta a Santo Domingo, en 2019. Le propuso que fundaran una marca de

café con enfoque cultural, y Julián, que ya tenía el bicho del emprendimiento, dijo que sí.

Se unieron al productor Nelson Echeverri, quien tenía un café llamado Tomás Café. Ellos, con el transcurso del tiempo, lo cambiaron por *Qué Tomás*, para mantener la sombra del gran escritor a lo largo y ancho de toda la idea. Desde ese momento, la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia también estuvo vinculada al proyecto.

Al emprendimiento también se unió Jessica María Arizmendi, quien aportó la marca de miel Aguejita, que, según relata, está basada en el origen de la apicultura, profesión profundamente ligada a las mujeres.

Con arte, café y miel crearon obras como *El retorno de los polinizadores* y *Eddy, o el nacimiento de la bestia*, ambas ganadoras de premios. Fundaron un semillero de teatro, abrieron un apiario en la vereda Dolores y el café en la vereda Pachón, en la finca La Mejorana. Con ayuda de la Cámara de Comercio, ubicaron todas las ideas en el único marco, la SAS Memorias de Montaña.

No se trata de una historia de continuas alegrías. También han sufrido dificultades para comercializar la marca y vender los productos. Por ello la Cámara de Comercio ha sido un aliado invaluable. Gracias al conglomerado, Memorias de Montaña: arte, café y miel ha podido asistir a ferias y ha recibido invitaciones de universidades y otras importantes entidades.

"Estamos orgullosos de nuestro negocio y tenemos mucho agradecimiento con la Cámara de Comercio que nos ha apoyado siempre", expresa Julián, quien sigue estrechamente ligado al teatro y a su hermoso pueblo lleno cuentos y sueños costumbristas.

Estamos CUMPLIENDO

Medellín Futuro

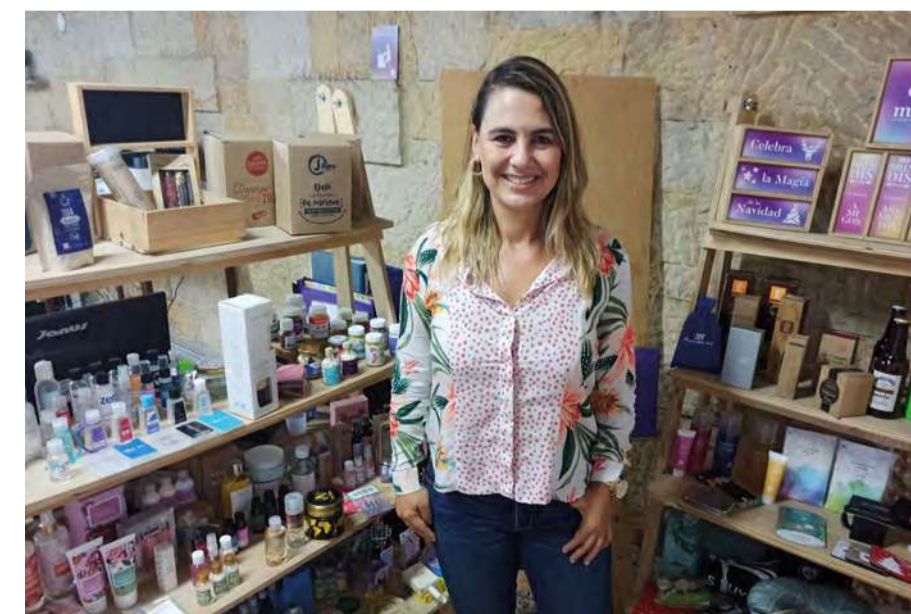
Gerencia del Centro 2021

Más de **5.000** personas beneficiadas durante 2021

a través de las **Brigadas** Centro ConSentido

Alcaldía de Medellín

La Emperatriz de los cosméticos



Llegar al lugar de trabajo de Emperatriz Quintero Arbeláez causa una exuberante impresión. Uno piensa encontrarse un anuncio de cremas, vasos decorativos o antibacteriales que impidan el contagio del covid-19 pero, en cambio, se topa con ese letrero inequívoco: "Erótica", y entonces las pulsaciones se aceleran y algún músculo se extiende levemente mientras el cerebro trata de atinarle a alguna explicación práctica y sensata: "Quién sabe".

Emperatriz, más allá de su aristocrático nombre, es una mujer de mediana edad, bella,

rubia, bella, sonriente, bella, perspicaz, y bella, siempre bella. No se apresura a explicar el posible malentendido porque, en su imaginario despojado de prejuicios, no entiende cómo podrían los visitantes atascarse en dudas tan deplorablemente conservadoras.

"Sí, ese también es mi negocio, lo recibí de parte de una señora a cambio de una deuda", cuenta Emperatriz esbozando una sonrisa cortés.

Dentro de la casa puede uno darse cuenta del verdadero emprendimiento de la

exjugadora de polo acuático que supo defender a Colombia en infinidad de torneos continentales. Vasos, alcancías, perfumes, cremas y otros indefinibles objetos guardados todos en delicadas y muy decoradas cajitas de regalo.

Al fondo, dos jóvenes mujeres saludan desde el breve resquicio que les permiten sus afanosas rutinas. Una es diseñadora y la otra una suerte de secretaria. Se nota que todas son buenas amigas y que la jerarquía de sus empleos es simplemente protocolaria.

Los dos negocios convergen satisfactoriamente. En el segundo piso funciona toda la línea de Dimanic Products y en el primero la tienda Erótica, a la que se accede por unas escaleras en espiral.

Sentados frente a dos deliciosas táticas de café negro con galletas, Emperatriz comienza a relatar la historia de su pequeña pero exitosa empresa, Dinamic Products, la cual comenzó a gestarse en una etapa de muchos cambios en la vida de la ingeniera administrativa de la Universidad Nacional.

"Trabajaba para una empresa y manejaba la marca Piel de Armíño. Entonces un compañero me dijo que por qué no montábamos negocio propio y yo le dije que sí", narra.

No fue fácil comenzar, nunca lo es. La marca Piel de Armíño pasó a otros dueños y Emperatriz y su socio se vieron empujados a innovar con otro producto. En ese momento se disparó la crisis de la gripe H1N1 y los antibacteriales y los jabones se pusieron de moda, así que eso le apuntaron, y les fue un poco mejor.

El negocio andaba a lomo de mula enferma y eso hizo que la sociedad se disolviera. En ese momento, y a pesar de las múltiples dificultades, Emperatriz tuvo un despertar.

"Sentí que podía sola, sentí que tenía la fuerza suficiente para continuar. Fue un

despertar espiritual. Ya había estado en varias campañas con el Éxito y eso me dio confianza", explica.

Fue precisamente con el Éxito que hizo su primer gran negocio. Vendió 67 mil difusores para la temporada navideña, un reto que la exigió al máximo.

"Me tocó correr, contratar y hasta importar, pero todo salió súper bien. Solo si tú te lo crees, lo vas a lograr", dice ella, haciendo eco de los mensajes positivos que cuelgan de sus paredes.

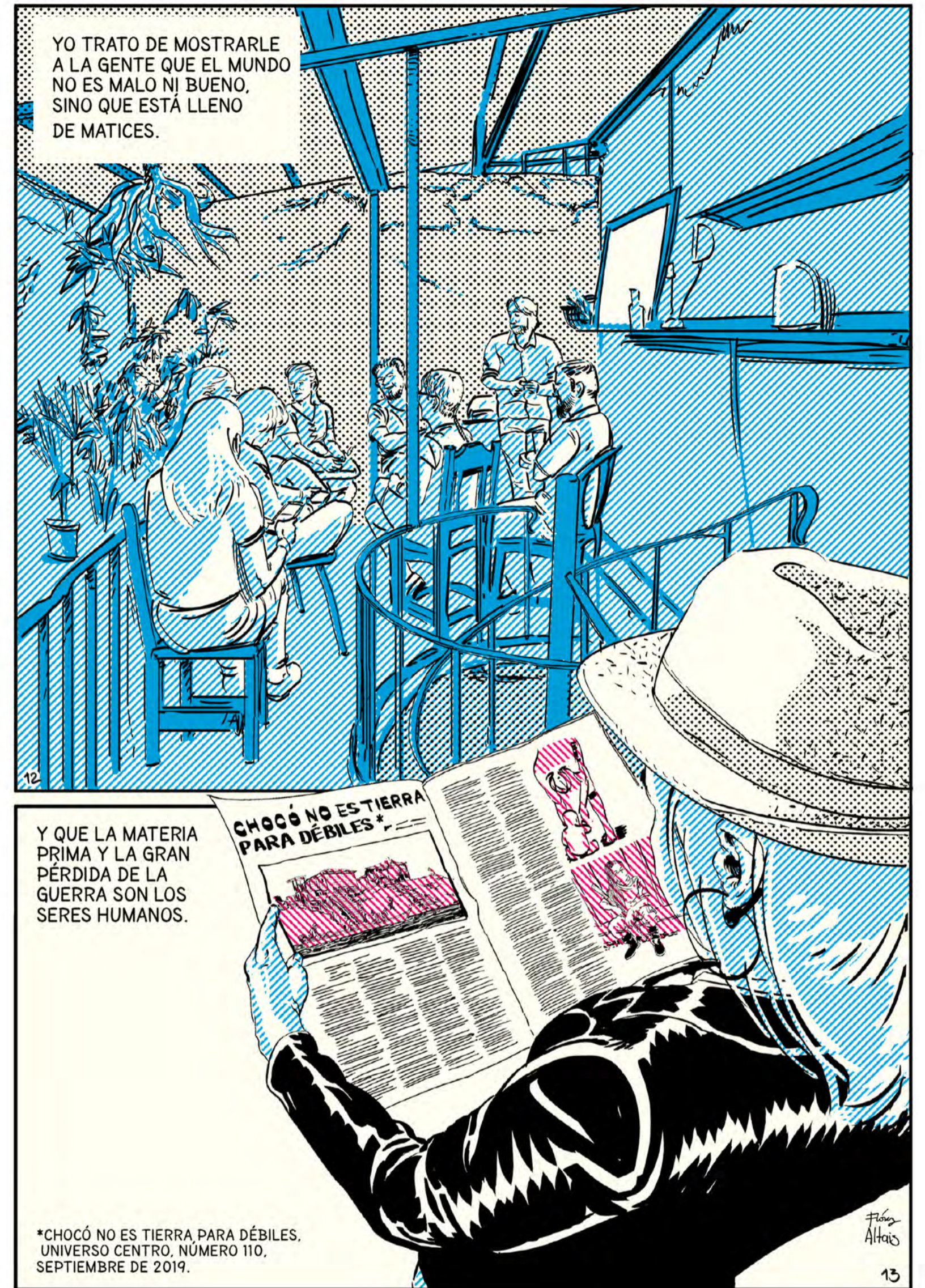
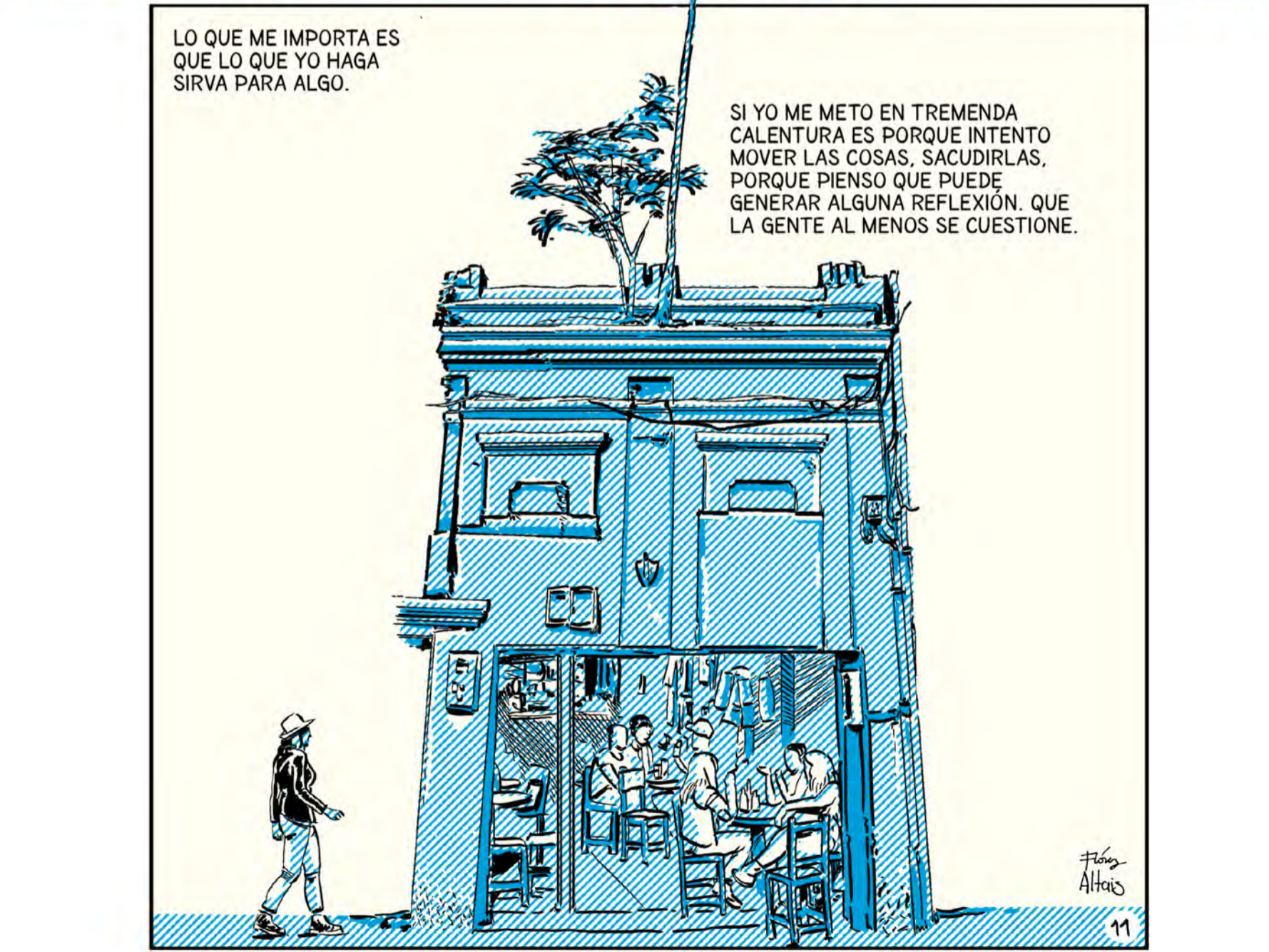
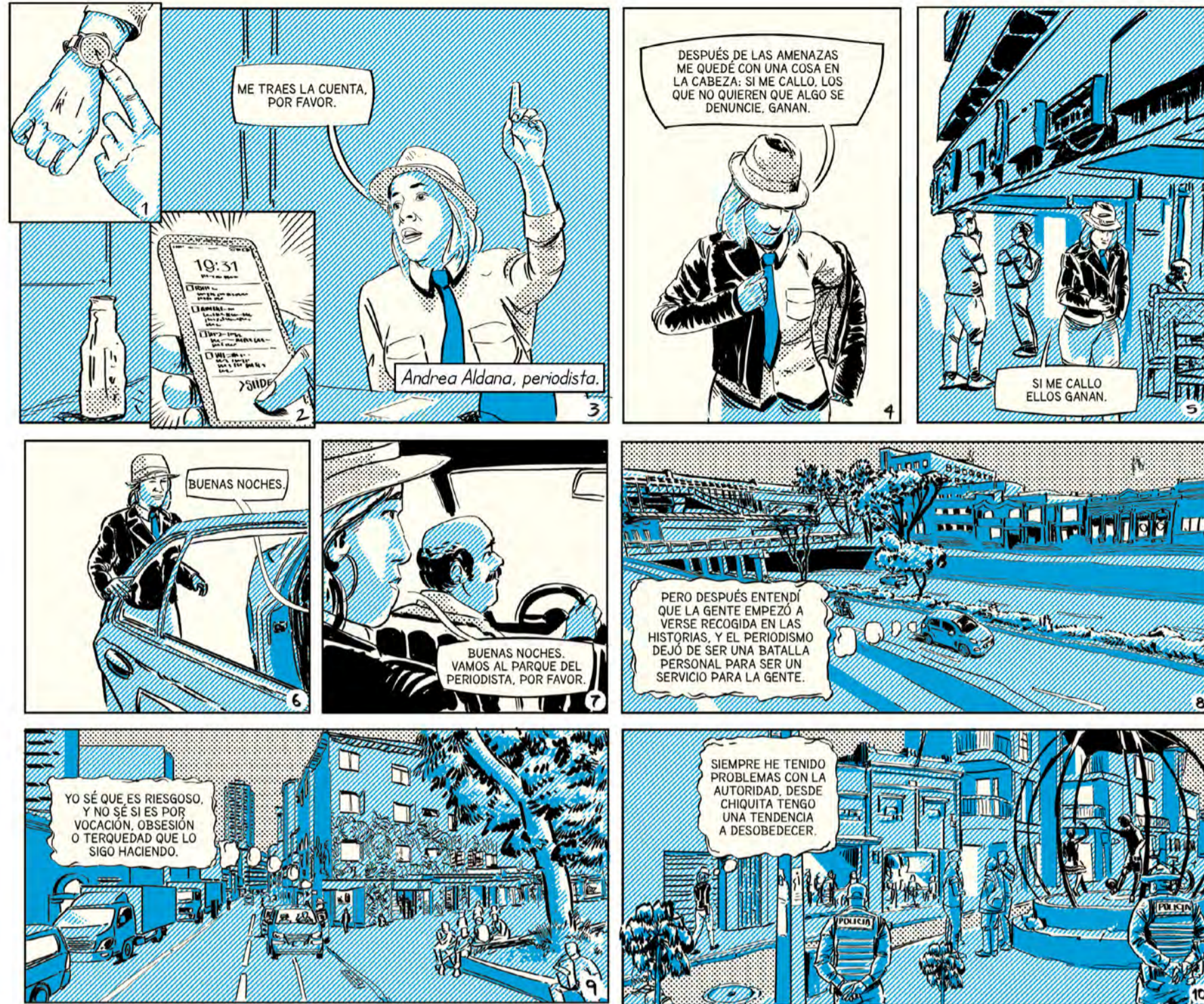
Su empresa nació en 2008 y desde entonces ha estado relacionada con la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia. Esa alianza le ha permitido formalizarse y crecer.

"Aprendí mucho del deporte. Con la selección Colombia viví momentos extremos, finales de campeonatos en las que teníamos que darlo todo. Esas experiencias siguen en mi cabeza y vuelven a mí con consejos en los momentos duros", expresa.

La Cámara de Comercio también le enseñó unas cuantas cosas. Una de ellas fue a no temerle a los tratos con las grandes empresas. Peculiarmente, al igual que cuando comenzó, la pandemia del covid-19 hizo que su empresa aumentara las ventas y se consolidara en el mercado. Sus clientes también han sido claves en el proceso de crecimiento.

"Nos han ayudado a diversificarnos, a ampliar el portafolio y a hacer nuevas alianzas. En 2020 tuvimos un acercamiento con la Cámara de Comercio para crear una página web e impulsar el comercio digital", afirma.

Emperatriz jamás pensó en ser empresaria, solo sucedió. La vida la puso en ese camino y ella, con determinación, ha sabido dar cada paso, y siempre de la mano de la Cámara de Comercio.



Fragmento de la novela gráfica *Tres horizontes*, Cohete Cómics, 2021.



TRES HORIZONTES

Tres horizontes es una aproximación gráfica a la determinación y la resistencia de tres mujeres en la ciudad de Medellín. Este cómic periodístico presenta instantáneas de tres vidas: Natalia Rico, bailarina; Andrea Aldana, periodista, y Judith Botero, antropóloga y activista, quienes narran diferentes momentos de sus historias, dejando ver facetas de su cotidianidad y la manera en la que enfrentan los desafíos y retos que encuentran en sus oficios.

Esta obra es el segundo proyecto editorial gráfico del equipo fundador de Altas Cómics, Lina Flórez y Pablo Pérez.

A sus ochenta años Bob Dylan continúa con su Never Ending Tour, iniciado en junio de 1988. Sus conciertos por Estados Unidos durante la pandemia dicen que las puertas son solo para salir. Los pasos cortos y las rutas largas.

Dylan on the road

por MAURICIO BUILES

En junio del año pasado, en pleno confinamiento por pandemia, Bob Dylan lanzó un disco después de casi una década de pocas novedades en su cuenta personal. Contrario a lo que estaban haciendo otros artistas (canciones y conciertos virtuales para alejarnos de la rutina con el estribillo “resistiré”) *Rough and Rowdy Ways* era todo menos solidaridad. En la época de mayor incertidumbre en la que el mundo buscaba señales de consuelo, Dylan apareció con un trabajo que parece más un testamento histórico que una dosis de esperanza a la humanidad.

Nada extraño en un artista que lleva sesenta años moldeando la industria del *rock and roll*, el *blues* y el *folk*. En un tipo que ha pasado invicto por el activismo social, las drogas, el cristianismo, la vida en carretera, las condecoraciones oficiales, 39 álbumes, un Oscar de la Academia, un Pulitzer, un Nobel de Literatura y, por lo menos, cinco libros biográficos. Para un emblema de la contracultura que se convirtió en leyenda antes de los veinticinco años. Para alguien que da 120 conciertos en promedio por año y es el creador de *Like a Rolling Stone*, una canción de seis minutos convertida en himno y catalogada por la revista *Rolling Stone* en 2004 como la más importante de todos los tiempos. Para un músico vivo que pelea con su propio mito. Para un poeta con ochenta años.

Por eso, que Dylan decidiera continuar aún en pandemia con su Never Ending Tour fue natural para sus seguidores. Su historia demuestra que es alérgico a estar en casa y proclive a las carreteras. Entre noviembre y diciembre de este año, se presentó en veintinueve conciertos por los Estados Unidos. Tuve oportunidad de asistir a uno de los tres dados en Nueva York. Aunque había visto varios por internet, pensé encontrarme en escena a un hombre esquivo, con escasa dicción al cantar y nulo diálogo con el público. Fue todo lo contrario: casi dos horas de —se vale ser cursi— plenitud artística y conexión cósmica. Dylan no se comporta como una estrella popular, pero tuvo impulsos adolescentes de abalanzarme sobre el escenario.

El concierto fue en el teatro Beacon, en el *Upper West Side* de la ciudad. Un lugar de tradición roquera (Queen, Rolling Stones, Roger Waters, Tom Petty, Eddie Vedder) para 2600 personas repartidas en tres plantas y decorado con

pinturas renacentistas y esculturas de dioses gigantes que dan la sensación de estar en un museo griego. En el *lobby* vendían vino tinto en copas y whisky en vasos de cristal. Como en casi todos los establecimientos comerciales en Nueva York, era obligatorio presentar el carné de vacunación contra la covid-19 y llevar el tapabocas puesto. Hubo lleno total y el público era mayoritariamente blanco: *exhippies* cubiertos con costosas gabardinas, académicos jubilados de alguna universidad pública, *groupies* cincuentones con camisetas desteñidas alusivas a conciertos de décadas pasadas y uno que otro adolescente desubicado acompañando a sus padres.

Por las reseñas de los conciertos en días anteriores, se sabía que estaría dedicado casi en su totalidad a *Rough and Rowdy Ways*. No se esperaban sorpresas y, como suele ocurrir en sus presentaciones, de llegar a cantar una de las

más comerciales, sería difícil reconocerla porque él suele modificar los acordes, alargar los tonos o cortar las estrofas de tal forma que quedan en versiones deformadas. “No hay canción que suene dos veces igual”, diría en una de sus entrevistas. Un ejemplo típico es el desconectado de MTV de 1995; solo cuando han pasado varios segundos de *Knockin’ on heaven’s door* o *Tombstone blues* caes en la cuenta de que se trata de un clásico.

Bob Dylan salió al escenario acompañado de los cinco miembros de su banda. Todos vestían de negro, pero el traje de Dylan hacía diferencia por los arabescos en las solapas, al estilo wés-tern. Las luces y la enorme cortina roja del fondo producían una atmósfera íntima propia de un cabaré. El piso era plateado y, salvo el baterista, acomodado en una pequeña plataforma con rodachines, todos estaban al mismo nivel. El aplauso inicial con el que fueron

recibidos se extendió hasta que comenzaron las notas de la primera canción, *Watching the river flow*.

En mi caso no solo se trataba de la emoción de ver a uno de mis artistas preferidos sino por el momento en el que eso estaba sucediendo. A principios de año era imposible imaginarse un espectáculo bajo techo en Nueva York. Caminé la ciudad en enero y hubo barrios en los que era difícil encontrarse una sola persona en las aceras. Era difícil reconocerlos: restaurantes sellados con cintas amarillas, Broadway cerrado, los escasos bares y cafés que sobrevivían atendían a través de una ventana diminuta forrada con dos capas de plástico, los puestos de perros calientes escaseaban, los hospitales sin camas disponibles y las autoridades apenas podían disimular a los muertos en una fosa en la isla de Hart, al extremo noroeste de Manhattan.

No solo Nueva York sino el país entero había cambiado de cara y el pesimismo era el manto que lo cubría todo. La convulsión política del mes (últimos días de un Trump rabioso en el poder, toma del Capitolio, gente armada en las calles, tensiones raciales) hacía aún más bizarro el paisaje. El mismo Dylan hizo el reconocimiento durante la noche: “Es muy agradable estar de vuelta en la Gran Manzana”, dijo, “Broadway, La Estatua de la Libertad, Wall Street, Times Square, todo: el Empire State, la Quinta Avenida. Me alegro de ver que vuelven a estar con vida”. Aunque nació en Duluth, Minnesota, y seguramente ha gastado más horas en buses, trenes y aviones que en cualquier otro lugar, Nueva York ha sido un referente en su viaje musical y justo ese 20 de noviembre se cumplían sesenta años desde que hizo su primera sesión de grabación en *Midtown Manhattan*.

Hubo varios momentos estelares durante el concierto que me cortaron el aliento. Aunque no me sabía las letras de su último disco y me perdí en algunas canciones llenas de referencias históricas, era consciente de lo que estaba ocurriendo, de cada segundo. Del poder de su voz. Recordé una letra del álbum *Honky Dory* de David Bowie de 1971, “Song for Bob Dylan” en la que dice: “Escribí una canción para ti / Sobre un extraño joven llamado Dylan / Con una voz como la arena y el pegamento”. Así es. Era como si los reflectores solo iluminaran lo que decía: tiene dicción y memoria, pero al final

de algunas estrofas, su tono se arrastra gangoso; luego, al comenzar la siguiente estrofa, baja el tono y el efecto sobre el público es hipnótico. Los instrumentos también están dispuestos para el embrujo: el piano, el bajo arqueado, la percusión débil. No importa si se trata de un *rock and roll* o de un *blues*, el foco está en las historias. Nunca hubo silencios entre las diecisiete canciones.

A mi lado tenía a un par de dylanólogos provenientes de New Heaven, Connecticut, que me nutrieron de datos propios de coleccionistas. Me contaron, por ejemplo, que buena parte de las referencias históricas de las letras se debe a que Dylan es una enciclopedia ambulante sobre la Guerra Civil de su país; además, que en ningún otro álbum la voz es tan protagonista como en este: “Es difícil concentrarse en lo que está haciendo el bajista o el guitarrista porque solo quieres escuchar lo que dice el viejo”, dijo uno de ellos y agregó que este es el único disco cuyas letras no tienen metáforas, es como si las hubiera escrito extraídas directamente de la historia oral de los Estados Unidos.

Frente a la voz, claro, no es igual el tono a los cuarenta que a los ochenta años; sin embargo, lo que suele ocurrir en la industria de la música es que, si un artista logra llegar a los sesenta con buena parte de sus facultades, la producción le resta fuerza a la voz y se la agrega a los otros instrumentos. Una muestra de esto se vio en octubre pasado, en el homenaje

que hicieron en Argentina a propósito de los setenta años de Charly García. Durante el concierto principal en el Centro Cultural Kirchner de Buenos Aires era evidente que relegaban a un segundo plano la pobre vocalización de Charly. Con que estuviera sentado, respirando y sonriente era suficiente, pensábamos sus seguidores (y los técnicos).

Pero con Dylan es al revés y ahí radica parte del milagro de aquella noche. Es cierto que pocas veces caminó sobre el escenario, que en los tres o cuatro intentos lo hizo con pasos corticos buscando sostenerse de una de las esquinas de madera de su piano o de la base de algún micrófono. Pero la voz estaba intacta y el público rendido. Es cierto que se trataba de un espectáculo planeado, un objeto cultural y popular para el consumo masivo, por ponerlo en términos sociológicos (el año pasado vendió los derechos de todas sus canciones por más de seiscientos millones de dólares. La cifra exacta se desconoce), pero la vinculación emocional con el artista fue y es innegable. Una vez dijo: “Quisiera hacer algo útil, tal vez plantar un árbol en el océano, pero solo soy un guitarrista”. Es mucho más que eso. Al igual que los Beatles, David Bowie o Chuck Berry, es un genio imprescindible de la historia reciente que nos permite reconciliarnos con lo que somos.

El neurólogo Oliver Sacks, en su libro *Musicofilia*, cuenta la historia de un hombre con Alzheimer que “no tiene

idea de lo que hizo para ganarse la vida o lo que hizo hace diez minutos”, pero que “recuerda la parte de barítono de casi todas las canciones que ha cantado”. En las memorias escritas por Rodrigo García sobre los últimos días de su padre, menciona que cuando Gabriel García Márquez ya poco entendía del mundo, sus ojos se iluminaban cuando oía un vallenato. Por eso sus enfermeras, desde que el escritor fue trasladado a casa para que muriera rodeado de la familia, le ponían sus temas preferidos a todo volumen. La música, dice Sacks, es una de las únicas cosas que puede mantenernos conectados al mundo.

Hubo otros episodios durante el concierto en que parecía que toda esa euforia y conexión estaban también en vueltas —parafraseando al brasilero Millor Fernández— en un fino papel de tristecita. ¿Tristeza de qué o por qué —pienso ahora— si hasta me paré a bailar y a aplaudir? No lo sé explicar con detalles, pero en el momento en que escribo esto encuentro algunas pistas en *I’ve made up my mind to give myself to you*, una de las últimas canciones de aquella noche: “Llévame a viajar / eres un hombre viajero / Muéstrame algo que no entienda / No soy lo que era, / las cosas no son lo que eran / Me iré lejos de casa con ella”. Y más adelante, recuerdo a Dylan con dos dedos y la mirada sobre las teclas del piano: “He viajado desde las montañas hasta el mar / Espero que los dioses sean benévolos conmigo / Sabía

que dirías que sí / yo también lo hago / He decidido entregarme a ti”. Es su testamento, poesía cantada al estilo Homero en la antigua Grecia. Posiblemente, su última declaración pública de amor a la carretera.

“A muchos artistas no les gusta la carretera”, dijo en otra de sus entrevistas, “pero para mí es algo tan natural como respirar. Es el único sitio donde puedes ser lo que quieres ser”. Por eso, las veces que le han preguntado por la cantidad de conciertos que suele dar por año, despacha a los curiosos con un: “¿Qué hay en casa?”. He ahí la tristeza, acaso, en el único refugio seguro durante esta pandemia.

Nadie sabe exactamente el lugar donde vive, pero igual imagino a un Dylan desquiciado en cuarentena, cojeando por los pasillos de alguna de sus mansiones y escribiendo en mayúsculas sostenidas —como lo hizo en sus crónicas autobiográficas— plegarias a sus dioses: “Espero que sean benévolos conmigo”. Y eso, tal vez, explique que, a sus ochenta años, siga cantando como si se tratara del mejor momento de su carrera. En 1988, en el discurso para presentarlo al Salón de la Fama del Rock, Bruce Springsteen dijo: “Si Elvis liberó tu cuerpo, Dylan liberó tu mente”. No solo eso: en época de pandemia nos abraza con sus letras. Benévolos los dioses con nosotros que permiten que la vida de Bob Dylan ocupe el mismo tiempo y espacio que la nuestra. ☺



Bob Dylan - Rough and Rowdy Ways Tour

Sat • Nov 20 • 8:00 PM

Beacon Theatre

2124 Broadway @ 74th St, New York, NY, 10023

Health Check Required



Estamos CUMPLIENDO Medellín Futuro

Gerencia del Centro 2021

Consolidamos **5 alianzas**

Público - privadas o padrinazgos en el Centro de Medellín para fortalecer nuestro programa eje **#CentroConSentido**

Alcaldía de Medellín



De izquierda a derecha: el cónsul alemán Martin Skowronski, el personero municipal Martínez Velasco y el capitán Günther Lütjens, en el cabildo de Cali. Revista *Épocas*. Archivo particular.

Un crucero nazi de viaje por cinco países de Suramérica. Recibiendo honores y brindis para el capitán, sus agregados y sus seiscientos marinos. En febrero de 1935 atraca en el puerto de Buenaventura y sus principales viajan hasta Cali para los saludos diplomáticos. Los tiempos en que un artillero de la armada de la Alemania de Hitler era apenas un vapor de buenos oficios.

Hablar de la píldora roja y la píldora azul se ha convertido en un tema cultural en un segmento pequeño de la generación que creció conociendo el universo simulado presentado por la serie de películas *Matrix*. La referencia a los colores de las píldoras y sus efectos es simple. Si uno decide, por cuenta propia eso sí, tomar la píldora azul la vida continúa tal y como está. Seguiremos creyendo en lo que nos han hecho creer e ignorando lo que nos han obligado a ignorar.

Por el contrario, si decidimos tomar la píldora roja, un telón rojo, por supuesto, de aspecto pesado, maloliente y ríido, caerá estrepitosamente ante nuestros ojos y un universo infinito de nueva y, aparentemente, verdadera información nos embestirá de una forma tan violenta que no tendremos más remedio que despertar a “un mundo real” y escapar de la simulación y el engaño.

En consecuencia, nuestros paradigmas cambiarían. Nos veríamos cara a cara con una forma de pensamiento más sofisticada para la que no estaríamos preparados. Sería una experiencia traumática y dolorosa que muy pocos tendrían el valor de enfrentar y la fuerza para sobrevivir.

Además, nos haríamos, muy a pesar del establecimiento, rebeldes, revolucionarios, desobedientes, insurrectos. Al menos esa habría de ser la reacción esperada de una persona que despierta de una vida de engaños. Y una persona despierta en el contexto político no es conveniente para ningún gobierno, sea de la ideología o doctrina política que sea.

DE ALEMANIA LLEGA UN ARTILLERO CARGADO DE...

por MAURICIO VILLAMIL BETANCOURT

Pero suficiente con el prólogo. Voy al tema. La visita oficial de la fuerza naval alemana que atracó en el puerto de Buenaventura, a bordo del artillero Karlsruhe, el 22 de febrero de 1935.

Sobre esta visita se han publicado varios artículos. En algunos se ha afirmado, muchos dirían que de manera tendenciosa, que los 603 tripulantes del artillero eran miembros del ejército nazi. No hay evidencia de que así haya sido, pero tampoco de lo contrario. Y aunque no estaban ataviados de nazis sí existe una fotografía en la que se ve claramente una bandera con la esvástica en el centro y los alemanes haciendo el saludo nazi con la mano derecha levantada. La fotografía fue tomada durante la visita oficial a Buenaventura y Cali en 1935.

Los marinos y la tripulación oficial se presentaron en todos los eventos

públicos protocolarios vestidos con el uniforme de la armada naval alemana. Sin embargo, realizaban un *tour* mundial al que llamaron: *Second World Cruise* que recorrería el hemisferio occidental pasando por el Canal de Panamá, Colombia, Chile, Perú, Argentina y Brasil. Incluso, atracaría en las costas de Hawái, en Honolulu, Estados Unidos, y terminaría en Vancouver, Canadá. El periplo marítimo se hizo en representación, por supuesto, del gobierno alemán, que, para ese entonces, ya tenía como canciller a Adolfo Hitler, cabeza ideológica del Partido Nacionalsocialista Obrero (nazi en su abreviatura alemana).

Hitler fue nombrado Canciller en 1933, tras una alianza con conservadores ultraderechistas. Todo porque su partido logró solo un 33 por ciento de la votación en las elecciones parlamentarias de noviembre de 1932. Tras haber

perdido casi dos millones de votos y estar en muy malas condiciones electorales, no tenía posibilidades de ganar en elección popular así que acordó una alianza con la ultraderecha que determinó su nombramiento como canciller el 30 de enero de 1933, oficializado por el entonces presidente de Alemania, Paul von Hindenburg.

Ergo, cuando el crucero militar llegó a Buenaventura, Hitler ya era la cabeza visible del gobierno alemán desde hacía dos años. Con todo lo que esto implica. Para esa época, su ideología y doctrina política estaban fundamentadas en su partido y en el respaldo de una ultraderecha hastiada del gobierno lánguido y débil conocido como la República de Weimar. Todo esto resultaría en el nacimiento de su fuerza militar de escuadras de protección a las que llamaría las *Schutzstaffel*, mundialmente conocidas

como las SS, y que más tarde enfrentarían a miembros del Ejército alemán que no apoyaron al proyecto nazi, lo que derivó en un conflicto militar interno.



De derecha a izquierda: Günther Lütjens, comandante de a bordo del Karlsruhe, Ernesto González Piedrahíta, gobernador del Valle, y Von Hentle, ministro plenipotenciario comisionado por el Tercer Reich. Revista *Épocas*. Archivo particular.



El artillero Karlsruhe en el muelle Miraflores del Canal de Panamá durante el *Second World Cruise*, 9 de abril de 1932. Archivo privado del directorio naval Maritime Quest, Estados Unidos.

como las SS, y que más tarde enfrentarían a miembros del Ejército alemán que no apoyaron al proyecto nazi, lo que derivó en un conflicto militar interno.

Pero volvamos a bordo. En 1935 atracó en el puerto de Buenaventura el mundial e infamemente conocido artillero a vapor alemán, Karlsruhe. La historia de este artillero es fascinante. Está cargada de drama, violencia, misterio y hasta tesoros que se creían perdidos. Pero ese es tema para otro artículo.

El arribo del Karlsruhe sucedió cuatro años antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Hasta aquí todo parecería inocuo, sin embargo, bien sabemos qué sucedió con Hitler y su ejército antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Por su parte, el artillero jugaría un papel destacado en el conflicto hasta que fue hundido, aparentemente, el 9 de abril de 1940 en

las costas de Noruega. Aunque hay confusión sobre quién lo hundió y dónde.

Esos acontecimientos tan dramáticos y dolorosos para el mundo entero no surgieron de forma espontánea una mañana de 1939. No. Es ideológica, logística y militarmente imposible. La cepa nazi habría sido inoculada por Hitler y cultivada por su círculo más cercano de sociópatas fascistas muchos años antes. Lo que genera una pregunta bastante válida: ¿los marinos de la armada naval alemana que atracaron en Buenaventura en 1935 tenían como objetivo infectar el territorio occidental y coaccionar a Colombia, desplegando su poder militar, para asegurar que nuestro *torpe, ignorante e insignificante* país siempre fuera un aliado y no un enemigo?

Durante la visita de los marinos alemanes se llevaron a cabo varios eventos oficiales y de carácter social en recintos

privados y plazas públicas. Por ejemplo, los marinos presentaron honores en la plaza de Bolívar ante la estatua del libertador.

Cinco días duró la visita oficial de la fuerza naval alemana a Cali y Buenaventura. Uno de los eventos más pintorescos y multitudinarios tuvo lugar en la cervecería alemana Los Andes, ubicada en el barrio Granada, hoy parte trasera del Centro Administrativo Municipal.

La visita tuvo también una reunión de muy alto nivel en el prestigioso Club Colombia, al norte de Cali, en el barrio Granada. A esta reunión asistieron los marinos y los altos mandos del artillero Karlsruhe. Se debe resaltar el hecho de que el comandante de a bordo, Günther Lütjens, fue un destacado estratega militar durante la Segunda Guerra Mundial. Fue apodado el Diabolo Negro por su carácter estricto y silencioso y su efectividad en combate. El comandante

nazi finalmente moriría a bordo del acorazado Bismark durante un combate contra la marina británica el 27 de mayo de 1941. Seis años después de su visita oficial a Colombia.

La visita, llena de protocolo, música, cenas de cuatro cursos (como se observa en las fotos de los banquetes), uniformes militares de gala, esmóquines y vestidos de noche, cerveza, *bourbon* y champaña fue el evento social y político del año y seguramente de muchas décadas.

La alta sociedad caleña se cedeó con los ricos empresarios alemanes de la región que fueron el puente diplomático para presentar a la poderosa y letal fuerza armada naval. El mensaje era claro, ahora podríamos darle esa lectura. El despliegue militar con tufo “amistoso” pudo haber sido una advertencia frontal. Y el gobierno colombiano así habría de entenderlo. Al menos durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial al declararse neutral ante el conflicto en Europa. Después, entre 1939 y 1941, vendría la presión estadounidense que marcaría la ruptura del acuerdo de neutralidad acogido por los países de la región occidental.

Eduardo Santos, tío abuelo del ex presidente Juan Manuel Santos, era presidente en el momento en el que estalló el conflicto en Europa. El primero de septiembre de 1939, cuatro años después del *tour* crucero *Second World Cruise* y tan solo unas horas después de la invasión nazi a Polonia, Santos se dirigió por radio a todo el país y enfatizó en la importancia de mantenerse atentos al conflicto en el viejo continente, sin participar activamente en él, ya que la prioridad en la región debía ser la “defensa de los bienes esenciales comunes”, refiriéndose a los países de América Latina y a Estados Unidos.

Colombia se presentaba ante la región y ante el mundo como un gobierno prudente y respetuoso de la soberanía de los países en conflicto. Sin embargo, el trasfondo era más oscuro y taimado ya que la comunidad alemana en Colombia era una fuerza económica importante.

No fue la primera y tampoco la última

Relatar la historia de la llegada de inmigrantes alemanes a Colombia llevaría demasiadas páginas. Porque fue por allá en el año 1800 cuando un ilustre geógrafo, astrónomo, humanista y naturalista prusiano llamado Alexander Von Humboldt, quien exploró y documentó la fauna, la flora y la geografía colombiana de la época, llegó para sacarle los secretos a una tierra, que, desde entonces, los germanos han considerado mágica. Se dice que redescubrió América.

Ochenta y nueve años después, la pujante y fructífera diáspora germana seguía creando empresas tan importantes y emblemáticas como Bavaria (1889) y la primera empresa de aviación comercial de la región, la Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo, Scadta (1919), que durante la Segunda Guerra Mundial fue nacionalizada y su nombre cambiado por Avianca.

Así es, pues, que las relaciones entre Colombia y Alemania son centenarias, amistosas y muy rentables, incluso durante los momentos más álgidos de la guerra, cuando Colombia pasó de ser un amigo permisible a ser hostil y perseguir, expropiar y a hasta privar de la libertad a muchos alemanes señalados por Estados Unidos de apoyar al régimen nazi.

Los alemanes también crearon ferrocarriles, líneas fluviales con los primeros barcos a vapor que navegaron el río Magdalena. Minas de oro, cobre, carbón y cultivos de tabaco y café. Por supuesto que Colombia tenía que estar en la agenda de los destinos del artillero Karlsruhe y de su tripulación. De qué otra forma se financiaba el Tercer Reich si no era con los impuestos y

Cali, 1935. Revista *Épocas*, Archivo particular.Desfile militar de marineros alemanes en la ciudad de Cali, febrero de 1935. Revista *Épocas*. Archivo particular.

Cali, 1935. Archivo del Colegio Alemán de Cali.



Hotel Sabaneta, convertido en campo de concentración para alemanes y japoneses en 1944. Archivo de Gildardo Escobar.

“donaciones” que hicieron los germanos asentados en países estratégicamente ubicados como Colombia.

Los tiempos oscuros

Tras el rompimiento, presionado por Estados Unidos, del acuerdo de neutralidad firmado por los países de América, Colombia se vio en la penosa tarea de investigar, individualizar, expropiar y privar de la libertad a muchos ciudadanos alemanes que habrían sido señalados de apoyar el régimen del Tercer Reich.

Un episodio vergonzoso, consecuencia de la participación directa de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial contra los países del Eje, fue la existencia de un campo de concentración de alemanes y japoneses en Fusagasugá, Cundinamarca, a menos de ochenta kilómetros de Bogotá.

El hotel Sabaneta

El martes 6 de junio de 1944, los periódicos nacionales despertaron a la sociedad colombiana con un titular que rezaba así: “Disposición sobre internamiento de extranjeros fue dictada ayer”. El anuncio también explica que los ciudadanos que fueran “internados” (privados de su libertad y derechos, además) serían estrictamente vigilados. Que solo podrían recibir visitas los jueves y domingos y que el uso de radio y teléfono les quedaba prohibido.

Más de cien ciudadanos alemanes y otros tantos japoneses fueron privados de su libertad y puestos en el campo de concentración en Fusagasugá como medida de control del espionaje. Según publica *El Liberal*, el sábado 11 de marzo de 1944, todos los sospechosos habrían sido enviados por orden del gobierno.

Pero, ¿por qué Colombia haría semejante cosa contra una comunidad que le habría sido tan beneficiosa? Un “incidente” precipitó la decisión: el 17 de junio de 1942 un submarino nazi hundió una goleta colombiana en aguas del mar Caribe, la *Resolute*, un pequeño barco de apenas 52 toneladas que habría intentado llevar provisiones a San Andrés y Providencia. Como consecuencia, el presidente Eduardo Santos ordenó el congelamiento inmediato de todos los bienes de ciudadanos germanos residentes en Colombia que hubieran sido señalados como auspiciadores del régimen nazi.

Infelizmente, un año después, el 26 de noviembre de 1943, la goleta *Ruby*, que se encontraba en el mar Caribe, corrió con la misma suerte y fue torpedeada por otro submarino alemán. En ese entonces el presidente era Alfonso López, quien también ordenó la confiscación y expropiación de los bienes alemanes y, además, fue quien dio la orden de confinar a los ciudadanos alemanes y japoneses en el hotel Sabaneta. Marcando así la historia de cómo la Segunda Guerra Mundial alcanzó a Colombia.

En conclusión, el artillero sí traía nazis en su tripulación. ¿A qué vinieron a Colombia? Solo ellos lo supieron, por supuesto. Pero la historia posterior a su visita deja claro que su agenda de control mundial fascista estuvo a punto de infectar el hemisferio occidental y Colombia habría sido un punto neurálgico en aquel conflicto global. ©

La idea que puso a volar el agua en San José La Cima II



Más de 150 familias del barrio San José La Cima II, de la comuna Manrique, disfrutan hoy el segundo acueducto aéreo instalado en Colombia. Aquí, la historia de una solución innovadora.

En 55 años de vida en el barrio, Mónica García había logrado con sus vecinos muchos hitos en trabajo comunitario, pero nunca pensó ver agua potable correr por el aire. El lote pelado con unas cuantas casitas al que llegó con su gente a finales de los años 60 es hoy el sector donde funciona el piloto del primer acueducto aéreo del Valle de Aburrá.

Se llama San José La Cima II, pertenece a la comuna 3 (Manrique), y queda en el filo donde termina la ciudad y sigue la parte alta de la montaña. Hasta junio de este año usaron agua no potable que recolectaban de un acueducto comunitario:

“El acueducto ha cambiado la vida de la gente porque antes llegaba el agua muy sucia y pocas horas al día. La comunidad se quejaba mucho y constantemente había gente que se enfermaba del estómago o le daba sarpullidos”, cuenta García, presidenta de la Junta de Acción Comunal y quien habita una de las 150 viviendas beneficiadas.

A diferencia del resto de las redes que transportan el agua potable en la ciudad, que van por debajo de la tierra, en ese pequeño y escarpado sector del nororiente de Medellín las tuberías vuelan. A lo largo de 400 metros una serie de postes nuevos, que se instalaron para el proyecto, sostiene el tubo negro de dos pulgadas que se levanta para transportar el agua.

“Es un acueducto convencional, pero colgado de un poste. Fue la solución que encontramos para suplir la necesidad porque el sector tenía limitaciones geográficas, geotécnicas, topográficas y sociales. ¿Por qué más postes? pegarlo a los que sostienen las redes de energía —y de tv y telefonía— no era opción porque esos ya estaban muy cargados”, cuenta Juan Camilo Hurtado, profesional de Planeación de Aguas EPM y mentor del proyecto.

Dibujar un sueño

El boceto de la primera red aérea de acueducto y alcantarillado de Colombia, y quizás una de los únicos en el mundo, nació en una servilleta. El ingeniero Hurtado la rayó hace ya una década cuando se planteó una solución para llevar servicios públicos a una zona de Quibdó, donde todo eran palafitos, en la quebrada La Yesca. La idea estaba cruda y no cuajó: faltaba que le pusieran los pies en la tierra.

Años después, el borrador del acueducto aéreo volvió a salir a flote cuando se necesitaba una solución para llevar agua potable a tres barrios de Turbo, El Pescador 1, El Pescador 2 y El Progreso, que estaban construidos sobre una zona de manglar que hacía el terreno inestable e inviable para las redes tradicionales.

Así nació el proyecto en Urabá, con más de seis kilómetros de extensión, que se inauguró en 2019 luego de muchos aprendizajes. Esa iniciativa ya ha ganado varios premios internacionales por ser una solución sui géneris en servicios públicos domiciliarios.

Ahora el reto de EPM, y la esperanza de los habitantes en San José La Cima II, será romper otro paradigma: instalar en ese sector de la nororiental una red de alcantarillado elevado usando parte de la infraestructura disponible del acueducto. Un nuevo sueño que ya tiene bocetos y que hace parte del programa Conexiones por la vida.

VIDA SIN REDES

por JUANGUI ROMERO

No resulta exagerado decir que este artículo alude a una de las primeras comunidades virtuales que existió en nuestra ciudad. Esa que conformaron los fieles oyentes del radioperiódico Clarín entre 1959 y 1988, quienes al parecer ya experimentaban por entonces algo muy cercano a las bondades y los defectos que hoy todos los reconocemos a las redes sociales, por cuenta de una de las secciones más esperadas de este popular noticiero: los Servicios Sociales de Clarín. Esos mensajes que sus locutores leían a nombre de los radioescuchas para ayudarlos a contactar a un ser querido que se hallaba muy distante o del que no se sabía nada hacía muchísimo tiempo, para solicitar una muestra de caridad cristiana o, por qué no, hacerle bullying radial al enemigo de turno, entre muchas, muchas otras razones. Algo que, como ya se verá, también nos permite apreciar de otra manera cómo hemos habitado este pedacito de tierra llamado Medellín, gracias a nuestro patrimonio documental.

Lastimosamente no se conserva ningún registro sonoro de este noticiero, pues las cintas magnetofónicas en las que se grababa cada emisión eran reutilizadas hasta que ya no servían más. Pero su director, don Miguel Zapata Restrepo, muy consciente de su valor histórico donó al Archivo Histórico de Medellín 852 tomos que contienen los libretos del noticiero durante casi treinta años. De allí hemos tomado solo una docena de mensajes que enviaban los oyentes para adaptarlos aquí a la estética típica de los grupos, los hilos o las galerías (su mirada dependerá de la red de su preferencia).

De antemano ofrecemos excusas por no haber incorporado ni las luces ni las sombras con las que los esmerados diseñadores de estas poderosas redes han logrado imprimirles volumen a esos trozos virtuales de papel pantalla en los que a diario solemos escribir nuestros pequeños ataques ególatras o nuestras miserias y una que otra información verdaderamente útil. Nuestra idea también es reivindicar el uso de la máquina de escribir y su insaciable amante de tantas, tantas décadas: el papel periódico. Esa pareja que diere tanto de qué hablar; en este caso, de leer a los locutores de Clarín.

P. D. 1. Esperamos de todo corazón que los servicios sociales seleccionados no tengan ningún mensaje cifrado, porque en los años sesenta y setenta se dijo incluso que los grupos al margen de la ley los utilizaban para encriptar ciertas misiones.

P. D. 2. Si quieres conocer más de la historia de Clarín, ingresa a: www.patrimoniomedellin.gov.co

ATENCION YARUMAL: a Luis Eduardo Vasco, quien debe hallarse en alguna habitación del Hotel Latino, se le avisa que su esposa lo necesita urgentemente en Medellín. Extraña su silencio de veinte días y espera que no vaya a tener alguna mala compañía en su habitación. Podría costarle caro.

19 de diciembre de 1961.

Se informa que esta mañana salió hacia misa, en el templo del Espíritu Santo, la señorita Rosario Aristizábal Salazar, que no es una coca-cola, pero que no conoce a la ciudad, pues está recién llegada. No ha vuelto a aparecer por su residencia y sus familiares están preocupados. Quien sepa de ella puede informar al teléfono 253-65.

17 de marzo de 1960.

Argemiro Ruiz, informa a Albino Montoya, maestro de Raudal-Valdivia, que aún no han pagado la prima y debe por lo tanto tener paciencia.

11 de junio de 1962.

Se hace un llamado al señor Luis Tobón Montoya, para que se comunique urgentemente con su señora esposa en el teléfono 384-28. Que en todo caso le envíe dinero, pues en casa aguantan hambre y ella no tiene con que sostener 7 muchachos

26 de julio de 1962.

Hay un niño de ocho años de edad, aproximadamente, en la policlínica, atropellado por un vehículo a la una y media de la tarde en la Avenida de la Playa. Se encuentra inconsciente y se ignoran su nombre y sus parientes. Al parecer el niño llevaba comida, arroz y tajadas. Usa blujans viejo, camisita vieja y está descalzo. Lo anunciamos así para que tomen nota de ellos los familiares del chico que se encuentra en la policlínica municipal.

30 de abril de 1959.

Se avisa a diofanor burgos en Barbosa que debe venir a copcabana por el niño sigifredo burgos, que se aburrió en casa de la señora rosa.

13 diciembre de 1962.

SERVICIO SOCIAL DEL RADIOPERIODICO "CLARIN"

Se avisa que en el diamante de béisbol del estadio "Atanasio Girardot" se encuentra un ~~perro~~ perro fôster, blanco con pintas negras. Hasta hace poco estaba bateando de hit. Quien esté interesado en el perro, antes de que emprenda una carrera en busca de cualquier base, sírvase comunicarse con el teléfono 388-13. Repetimos: teléfono 388-13.

2 de febrero de 1960.

En Barrancabermeja, a Leon Darío García Montoya, se le comunica que su esposa está confundida sin sus noticias, pues hace cinco meses que se casaron y tres que no sabe nada de él. Escriba o llame.-

23 de septiembre de 1963.

En Palmitas, La Risola, a Adela Torres, que debe venir mañana para la primera comunión de la niña con dos gallinas

5 de diciembre de 1967.

Se pide a los menores Libardo Antonio Bedoya y Oscar de Jesús Carc que regresen a sus casas no los piensan castigar.

4 de abril de 1966.



exlibris.com.co

Libros, café y comida :
3003628240 (y en rappi)

Seguimos leyendo

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

OPALO bistró

TRAGOS / CAFES / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A DOMINGO DESDE LAS 4:00 PM
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

PIZZERIA CENTRO

Lunes a sábado de 12 m a 10 pm
Domingo de 12 m a 9 pm
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro a través de Domicilios.com

Patricia Fuenmayor Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

Urbania. Café consciente.

Calle 14 Viva Envigado Calle 8

Calle 14 #30-100 El Poblado. Cra. 48 #32B Sur-139, Envigado, Antioquia. Calle 8 #43B-132 El Poblado.

PALINURO Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160
Palinuro libreriapalinuro
Medellín - Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA** Comida Natural

Tel.: 3168789335

CASA DE ASTERIÓN CAFE-BAR

COWORKING MÚSICAS DEL MUNDO. ARTE, BEBIDAS Y CAFÉS

CRA 42 #53-63 CENTRO
IG: @BARCASADEASTERION • FB: @CASADEASTERION
ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 10:00 A.M. Y DOMINGOS DESDE LAS 1:00 P.M.

VICTOR AGUDELO E. Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

ÚLTIMOS DÍAS DE PREVENTA



ESCANEA Y COMPRA



AYÚDANOS A IMPRIMIR EL LIBRO
EL CHINO

La vida del fotógrafo personal de Pablo Escobar

Nuestra memoria histórica de lo narco no debe ser negada, ni demolida con explosivos, ni reducida a escombros. Debe ser narrada desde la experiencia de sus protagonistas, la mayoría de ellos anónimos, a quienes la vida acabó involucrando en una guerra contra las drogas impuesta y fracasada, una guerra que, a pesar de eso, se mantiene absurdamente vigente.

Compra el libro en preventa hasta el
30 de diciembre de 2021 en:

UNIVERSOCENTRO.COM.CO/ELCHINO



Canaguar 
Revista de cine colombiano

Una publicación de
cinéfagos.net

 canaguaro.cinefagos.net



CONVERSACIONES QUE NOS UNEN

Del 21 al 23 de enero del 2022



En la ciencia, la literatura, el cine, la música y el arte hay respuestas a las preguntas que nos hacemos en la vida cotidiana. Por eso, el festival de las ideas es una oportunidad para que el pensamiento de los otros conviva con el nuestro.

EN ESTA EDICIÓN CONTAREMOS
CON ENCUENTROS
PRESENCIALES Y VIRTUALES.

Descubre más en
www.comfama.com/hay-festival-jerico/

Compra aquí tu entrada



VIGILADO SuperSubsidio PULEP YGH357

comfama

*Programación sujeta a cambios.

